

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO VIII

A las seis de la mañana la despertó el canto de los pájaros. La salvaje tormenta había quedado atrás, y los rayos del sol penetraban, impiadosos, a través de la ventana.

Victoria recordó su propia desnudez, y, lejos de avergonzarse, disfrutó algo más de aquella sensación de placer que la había poseído en medio de aquellas sábanas blancas. Luego comenzó a acariciar los libros abandonados en la mesilla de noche.

Un ruido fuerte la obligó a saltar de la cama. Como pudo, trató de recoger su ropa, y se dirigió al baño, a cambiarse.

—¡Victoria!

Ya vestida, casi se chocó con doña Lidia, que subía con una hermosa bandeja, repleta de delicias. Inmediatamente entró en pánico. La puerta del cuarto de Samuel estaba abierta, y la cama, deshecha.

Le llevó bastante tiempo convencer a la dama de que no limpiara la planta alta. Que ella iba a encargarse de hacer su propia cama, y de que nada se había ensuciado desde el día anterior. De mala gana, doña Lidia aceptó compartir algo del desayuno, mientras la muchacha hablaba sin parar, o

escuchaba atentamente acerca de los destrozos ocasionados por el horrible vendaval de la noche anterior.

Ni bien volvió a estar sola, se apuró a rehacer la cama de su jefe, tratando de que su paso por allí (¡una verdadera locura!) quedara inadvertido para su escrupulosa casera.

Con el trabajo concluido, y ya más aliviada, decidió que había llegado la hora de salir de la casa, y conocer los alrededores del lugar.

Los caminos de tierra estaban todavía anegados, a pesar del calor del sol. Ella, que no contaba más que con la poca ropa que había podido meter en el bolso, había elegido para aquel día que prometía ser caluroso, un pantalón ligero de hilo blanco. Una mala elección, considerando el barro del lugar. Pero, encantada como estaba por todo el paisaje, desistió de buscar algo más apropiado, y se contentó con caminar dando saltos, para poder pisar siempre en tierra firme.

Pocas casas estaban habitadas. Cada tanto algún perro salía a su encuentro, saludándola mansamente. Según le había dicho doña Lidia, todos estaban vacunados, aún los vagabundos, y eran monitoreados por la gente del lugar. Las cotorritas eran otra cosa. Al parecer se habían vuelto una plaga, y no era extraño observar cientos de ellas en los árboles. El aire era puro, y, a lo lejos, podía oírse el rumor del mar. Comenzó a caminar tratando de recordar las calles. Las que cruzaban, tenían nombres de árboles, y las otras, de pájaros. El viento fresco que soplaba cada tanto, y que

mitigaba un poco el calor del sol, hacía sonar los carrillones de las casas vecinas. Y todo el conjunto formaba una extraña melodía, que la encantaba.

Apenas sentía frío. El invierno, a pesar del calendario, había quedado atrás. Y la blusa de lino que tenía puesta, resultaba, al calor del paso, abrigo suficiente.

A las pocas cuadras, el paisaje comenzó a modificarse. Ya no se trataba de grandes mansiones, sino de imponentes apart— hoteles, dibujados en el horizonte como si fueran ilustraciones de cuentos. Cada uno de ellos, tratando de recrear una fantasía: una villa alpina, una cottage inglés, una posada en medio del bosque. Y luego, los más modernos. Construcciones simples y despojadas, pero no por ello carentes de lujo y confort.

Saltando charcos, Victoria llegó hasta un hotel, que le llamó particularmente la atención. Había en él muchos obreros trabajando intensamente. Al parecer la tormenta de la noche anterior había derribado un árbol frondoso, que había caído sobre la gran piscina enclavada en medio del bosque. Varios hombres fuertes estaban hachándolo, con sus torsos desnudos. Y había algo en ellos, en aquel derroche de fuerza y masculinidad, que atraía sobremanera a la muchacha. Evidentemente, y a juzgar por lo que había hecho la noche anterior, estaba desesperada. Y tanto, que hasta le parecía ver al mismísimo Cohen en el grupo.

En efecto, los peones que estaban trabajando, la mayoría de ellos hombres oscuros y pequeños, aunque de contextura

fuerte, parecían agolparse alrededor de otro, un pelirrojo inmenso, que descargaba su furia en el árbol caído. Victoria se aproximó un poco más. Y luego otro poco. Aquel hombre de cuerpo hermoso, exudaba masculinidad, y había algo en él que...

¡Cohen!

Golpeando aquel árbol, sin camisa y con unos vaqueros ajustados, estaba su jefe. Y se veía...

¡Guau!

Como si una fuerza imposible de vencer la arrastrara, Victoria fue caminando hacia él. Al notar su presencia, aquellos hombre simples comenzaron a tomar distancia, observándola, sorprendidos.

—¡La puta que lo parió! —renegó Cohen, al quedar atrancada su hacha en el grueso tronco. Y entonces, percibiendo que algo pasaba a su alrededor, se dio vuelta, y quedó enfrentado cara a cara con la muchacha.

—¡Victoria!

—Me pareció que eras tú...

—Me llamaron anoche, de urgencia. Acabábamos de instalar un calentador para el agua. Salió una fortuna, porque era italiano. El árbol lo partió justo por el medio. Ya casi estábamos a punto de inaugurar, pero seguramente esto nos retrasará varios meses...Esta mañana han venido los del seguro.

—¿Podrás recuperar los daños?

—Todo menos el árbol... Amaba este árbol. Ahora el parque parecerá desnudo sin él...

—No se preocupe, don Jorge —lo animó uno de los obreros—. Los del seguro dijeron que iban a encontrar otro tan bueno como ese...

Victoria lo observó, sorprendida. ¿Cohen era el Jorge del que todos hablaban?

—Lo dudo. Recuerda el que trajeron para reemplazar el cerezo de la entrada...

—¿Los árboles también están asegurados? —preguntó la muchacha, confundida.

—Por supuesto. Pero este árbol en particular...—musitó Cohen, como si lamentara la muerte de un ser querido.

La muchacha sintió un deseo irrefrenable por consolarlo, pero, como si él lo intuyera, no tardó en recuperarse.

—Sigue tú, Rolo...—le pidió al hombre que tenía al lado, entregándole el hacha que acababa de liberar. Y luego se dirigió a la joven— Espérame aquí. Voy, me ducho y vuelvo...

Mientras él corría hacia el hotel, Victoria no pudo dejar de mirarlo. Era el mismo Cohen de siempre, y sin embargo...

Volvió a sentir ese extraño placer culpable que había experimentado la noche anterior, cuando había dejado que las suaves sábanas de algodón, que todavía conservaban el olor de su jefe, acariciaran su cuerpo desnudo.

A la media hora, tal como lo había prometido, regresó Cohen. Llevaba otro vaquero ajustado, y una camisa de lino blanca, que se le pegaba al cuerpo, todavía mojado. Su cabello rojo no se había acabado de secar, y, desordenado, caía sobre su frente. Al verlo así, costaba asociarlo con aquella imagen amargada y triste que tenía en la Capital.

Antes de partir, todavía dio algunas instrucciones a su personal, y luego comenzaron a caminar.

—¿Es tuyo el hotel?

—Casi... Todavía debo algún dinero, pero...

—No sabía que...

—No, no te entusiasmes. Las ciencias económicas no pagan tan bien. Cobré una herencia, y... Pero dime, ¿qué te ha gustado más de Cariló?

—Para serte sincera, es el primer día que salgo de la casa.

—¿Y qué has estado haciendo hasta ahora?

—Es difícil de explicar... Te burlarías de mi...

—¿Qué?

—Tu casa es increíble... Yo me he criado cerca de un bosque, y... Sé que es ridículo, pero... creo que no ha quedado tronco de tu casa que yo no haya recorrido con mis manos. Me encanta sentir la fuerza de la madera. Y me he quedado horas contemplando la trabazón perfecta de las piedras de la entrada...

Lo observó esperando su risa. Pero, por el contrario, pudo darse cuenta de que aquel hombre fuerte se había emocionado.

—Mi padre y yo construimos esa cabaña. Juntos elegimos cada piedra, cada árbol...

—Creí que no habías conocido a tu padre...

Y bastó aquella pequeña alusión a su vida personal, para que, de inmediato, se rompiera el encanto.

—No. No lo conocí —fue su lacónica respuesta. Y se adelantó unos pasos, dándole la espalda. Forzándola a apurarse, hasta lograr ponerse nuevamente a la par.

—Cohen, yo...

—¿Qué quieres ver primero?... ¿Te gusta el mar? —preguntó él, fingiendo despreocupación.

—Sí. El mar está bien...

Victoria caminaba sin mirar el suelo, y Cohen se apuró a amonestarla.

—¡Cuidado!... Vas a manchar tus pantalones...

—Gracias, pero adelante tuyo hay otro charco...—le advirtió, divertida.

Él pegó un salto, y ella lo imitó. Y bastó el breve roce de sus manos al encontrarse, para que los dos volvieran a caer en el vértigo de aquella pasión que los quemaba.

Otra vez fue Cohen el que tomó distancia.

—¿Qué es aquello? —preguntó Victoria.

—La Iglesia... ¿quieres conocerla?

—Me encantaría... Por cierto, ¿te molestaría esperarme mientras entro un rato para rezar?

—Dudo que esté abierta... El cura debe repartirse entre más de siete balnearios, y tres ciudades grandes. El pobre no da abasto.

Pero como una burla del destino, y contra todas las posibilidades, aún siendo un día de semana de invierno, las puertas del templo estaban abiertas de par en par.

Victoria comenzó a subir la pequeñísima cuesta que la llevaba a la hermosa estructura de madera, mientras su compañero se sentaba a esperarla en un banco, a espaldas de una imagen de la Virgen y el niño, enclavada en medio del parque. Al llegar al templo, la muchacha se maravilló. Tras la imponente Cruz de madera que colgaba del techo, atrás del altar, se abría la inmensidad del bosque, puesta de manifiesto por un gran ventanal.

Era curioso, ya que muchas veces, estando en su Misiones natal, ella había sentido que Dios se elevaba en la altura de aquellos árboles inmensos. Y ahora era el bosque el que se arrodillaba para adorarlo.

En medio de aquella quietud, sintiéndose tan plena y a la vez tan desesperada, fue más fácil que nunca hacer una oración. Y todavía no había acabado, cuando una sombra la distrajo. Era Cohen, parado en la entrada, con el sol dibujando su contorno. Victoria se extrañó al verlo, y, emocionada, le fue fácil dejarse embargar una vez más por aquel sentimiento de paz que solía tener en presencia del Señor.

Para cuando acabó, Cohen estaba nuevamente sentado en el banco, esperándola. En silencio comenzaron a caminar.

—¿Eres cristiano, Cohen?

—Soy judío.

—Es extraño... Cuando entraste a la Iglesia...

—¿Qué?

—Te arrodillaste frente al altar. Y luego, al ver la luz roja encendida frente a la Custodia, volviste a arrodillarte, e hiciste la señal de la Cruz.

—¿Qué hay de raro con eso?

—Incluso muchos cristianos ignoran que, si está la luz encendida, significa que hay allí hostias consagradas, es

decir, el cuerpo del mismo Cristo, lo cual lo convierte de inmediato en el lugar más santo del templo. Muchos se arrodillan frente al altar, e ignoran el Sagrario. Tú, en cambio...

—Es una simple cuestión de respeto.

—Yo no sabría qué hacer en una Sinagoga.

—Yo tampoco —respondió él, en tono cortante. Y volvió a adelantarse.

—Esta es la antigua proveeduría —comenzó a explicarle, cuando finalmente la muchacha pudo alcanzarlo— Ahora la han mudado al centro. El dueño es uno de los moradores más antiguos de aquí...

Cuando Victoria tomó la delantera, Cohen, muy a su pesar, comenzó a perderse en las curvas que la ropa leve de ella, dejaban a la vista. —No has venido demasiado preparada para este clima —volvió a retarla—. A pesar del calor, todavía estamos en invierno. Aquí, junto al mar, el tiempo es cambiante. Pueden girar los vientos, y pasar de treinta grados a un frío... ¡Cuidado!...

La muchacha, distraída por el color rojo intenso de las hojas de un árbol, no había percibido el gran charco de agua que tenía justo delante de su pie. Así que, instintivamente, Samuel, unos pasos más atrás, la rodeó con sus brazos fuertes, la tomó por la cintura, y la elevó apenas del piso, alejándola del peligro. Al menos de aquel inocente peligro.

Y fue esa dulce sensación de contenerla, de sentirla tan cerca, de marearse con su perfume, lo que lo arrojó a él al borde del abismo de su pasión. Por unos segundos se quedó ardiendo por dentro, mientras por fuera se emborrachaba con la frescura de aquella piel joven y transparente. Y luego, con un gran esfuerzo de su voluntad, la soltó.

—Fíjate bien por donde caminas— la amonestó en tono acre, tratando de ocultar su excitación.

Pero Victoria, que vanamente intentaba recuperarse de aquel contacto tan intenso como inesperado, sólo pudo responderle con una mirada asustada. Una mirada que él no tuvo el valor para evitar.

El ruido de un cuatriciclo que se estaba acercando por una calle lateral los obligó a volver a la realidad.

—Ya casi llegamos —dijo él, por decir algo—. La playa es larga, y la arena muy áspera. Si no quieres caminar, creo que... Por aquí debe estar Cholo... ¿Sabes montar, Victoria?...

—¡Me crié en el campo! Me encantaría cabalgar un poco.

Habían llegado a lo alto de una duna, y desde allí podía verse aquel mar bravo, en toda su extensión y belleza. De un celeste tan brillante, como el de los ojos de la muchacha. Victoria lo contempló fascinada por el impetuoso vaivén de las olas, enmarcadas por la espuma blanca. El rumor de la

marea era intenso, y llenaba sus oídos de un sonido nuevo, y encantador.

—Hola, don Jorge.

Salido de la nada, un hombre pequeño, de rasgos aindiados, se acercaba a ellos, llevando las riendas de un potrillo tan joven como voluntarioso. Cohen se acercó al animal, y lo revisó con pericia.

—Tendrás que separarme éste para el hotel, Cholo. Es muy hermoso.

—Por eso se lo quería mostrar, don Jorge.

—¿Tienes otro más? Queríamos cabalgar por la playa.

—Sólo me ha quedado éste, y no tiene montura.

—¿Qué pasa, Cohen?... ¿No sabes montar “a pelo”? –lo desafió la muchacha.

—¿No tienes otro, Cholo? –insistió Samuel.

—Sólo éste. Pero puede llevarlos a los dos.

—Ve tú, Victoria. Yo te espero aquí...

—No. Si fuera sola, terminaría perdiéndome.

—Sólo tienes que bordear el mar.

—¡Qué aburrido!... ¿Qué pasa, Cohen? ¿No te animas a compartir el caballo conmigo?...

Él la observó (no debiera haberlo hecho). Sus ojos color del mar; su pelo castaño, brillando bajo los rayos del sol. Con aquella hermosa camisa blanca que insinuaba su escote, y esos pantalones leves que translucían sus piernas bien torneadas...

Y, por un momento, la irreductible voluntad de Samuel Cohen, flaqueó.

Primero la ayudó a subir, y luego se acomodó tras ella. Y comenzaron a andar...

* * *

Era extraña para Victoria aquella dulce sensación de ser rodeada por los brazos de Cohen. De sentir su fuerza, conteniéndola. De escuchar su respiración entrecortada.

Y si se abandonaba un poco más sobre su pecho, podía incluso oír el latido de su corazón acelerado.

Luego de un breve trote, él se adelantó sobre ella, agitó la rienda, y comenzaron a cabalgar.

El viento golpeaba con fuerza, pero la muchacha, abrigada así por aquel cuerpo varonil, sentía un calor intenso. Un calor que, a medida que él se aproximaba, se hacía más embriagador.

Después de unos minutos, volvieron a trotar, a paso calmo, y Cohen tomó una cierta distancia. Y, sin embargo,

ella todavía podía sentir su piel, su calor... Su urgencia. Y cuando ya casi no podía abrir los ojos, inundada como estaba por aquella presencia tan perturbadora, Cohen simplemente se bajó. De inmediato se apuró a golpear con fuerza el anca del animal, para que acelerara el paso, y echara a correr, ahora con Victoria como única jinete.

—Nos vemos a la vuelta —le gritó a la muchacha.

Y luego, caminando, se dirigió al mar.

Apenas cubierto por unos jeans y una camisa de lino blanco, la brisa marina se enseñoreaba con su cuerpo, enfriándolo. ¡Mejor! De alguna forma necesitaba que su sexo se acallara, ya que estaba a punto de estallar. Se sentía tan brutalmente excitado, que hasta pensó seriamente en meterse en aquel mar helado, que parecía desafiarlo.

¿Cómo había podido acceder a montar junto a ella? Bastó rodearla con sus piernas, apretarla contra su cuerpo, sentir el vaivén de sus pechos firmes, para hacerlo enloquecer.

De no haber sido Victoria...

De no haber sido Victoria hubiera comenzado a besar su nuca, a acariciar sus pezones, a jugar con su sexo...

Pero de no haber sido Victoria, ¿para qué hubiera querido hacer algo así?

Comenzó a caminar por la playa, algo más calmado por el frío, ahora intenso. Se acomodó con discreción, y luego se sentó a esperar a la muchacha.

Jamás en su vida había deseado tanto a una mujer. Le bastaba rozarla, para enloquecer... Y ella... Ella estaba aprendiendo a encender su pasión. Y eso era muy peligroso.

Y no era que ignorara como evitar las trampas femeninas. No había argucia del sexo opuesto que todavía lo hiciera caer...

Pero definitivamente no estaba preparado para la pureza de la pasión de Victoria. Ella tenía una forma tan sincera y espontánea de abandonarse a sus necesidades, que a él...

—Samuel... ¿Qué ocurrió? —le preguntó la joven, subida al caballo, contemplándolo, todavía agitada por la carrera.

Vista desde esa perspectiva, con el sol delineando su figura, se veía más hermosa aún (si eso era posible). Y el sexo de Samuel volvió a reclamar...

—Nada. Creo que estoy fuera de práctica... ¿Vamos?

Victoria empezó a bajarse, pero, a pesar de que estaba a su lado, Cohen no la ayudó. No podía. Tuvo que ser “el Cholo” el que corriera solícito hasta ella.

Luego se pusieron a caminar, en silencio.

Ahora todo lo de ella lo excitaba. Su modo de andar, su culo firme y redondo, sus pechos erguidos por aquella

brisa, que había comenzado a levantarse a medida que el sol caía.

—Tienes frío –aseveró él.

—No... Bueno, un poco...

—Ven. Estamos cerca del hotel. Tengo allí una chaqueta...

Ella lo siguió, sin discutir. Como el tiempo, luego del paseo por la playa, el humor de Cohen había cambiado totalmente. De nuevo parecía turbado y taciturno.

Ya en el hotel, corrió a buscar la chaqueta prometida, y se la alcanzó. No la cubrió amorosamente con ella, ni siquiera se la entregó en las manos. Sólo se limitó a apoyarla por ahí.

—Cúbrete –le ordenó.

Y entonces su ánimo volvió a cambiar. Lo que fuera que lo había perturbado, ahora que ella se había puesto el abrigo, no lo molestaba más.

—Y tú, ¿no tienes frío?

—Un poco de fresco no me hará daño...

Luego le mostró las instalaciones de aquel hotel que se perfilaba como uno de los mejores de la zona. Con orgullo le describió la decoración planeada para los cuartos, la sala de recreación, el spa, con la piscina de nado contra corriente (¡al fin Victoria pudo enterarse de que se trataba

aquello!), y otra “in—out” (que era una forma elegante de describir a una gran pileta de agua caliente, al exterior en uno de sus extremos, y cubierta, en el otro. ¡Debió ser fabuloso nadar allí, aún en pleno invierno, rodeado por el bosque!).

Como con la cabaña, Victoria se enamoró del lugar. Las líneas eran simples y acogedoras.

Desde la terraza pudieron contemplar un hermoso atardecer en el mar, con el cielo tornasolado, y las nubes forjando paisajes misteriosos en él.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Ven. Te llevaré a lo de una buena amiga, y de paso voy a mostrarte el centro.

Victoria se sorprendió al darse cuenta de que la playa estaba a no más de cuatro cuadras de la cabaña, y el centro a unas tres, en dirección opuesta.

El lugar, como el resto del poblado, parecía salido de un cuento. Encantadoras cabañas de madera, desniveles que invitaban a la aventura, aromas de sahumeros, palomares, y una tranquilidad que serenaba el alma. Caminando por sus cuadras, uno esperaba terminar chocándose con algún duende travieso, o con un hada maravillosa. La poca gente que circulaba por allí lucía distendida, y se veía amable. Los carrillones de los negocios sonaban, mecidos por el viento. Y en sus tiendas podía encontrarse desde chocolate,

hasta ropa de cuero, sin olvidar las caprichosas artesanías en madera, propias del lugar. Todo era hermoso, limpio, y bien cuidado.

—Es aquí.

Samuel se detuvo frente a un negocio casi enclavado en el bosque. La puerta estaba cerrada, y las luces apagadas, quizás por la hora, ya que apenas eran las siete de la tarde, y el restaurante no abría hasta las ocho de la noche.

—¡Querido! —exclamó la dueña, al reconocer a Cohen, cuando éste golpeó con sus nudillos la puerta—. Ayer te hemos extrañado...

—No iba a venir, pero...

—Lo del árbol. Ya me han contado... También cayó uno en lo de Lucrecia.

—Me han dicho... ¿Podemos comer? ¿Está abierto?

—Para ti, siempre lo está... Pasa...

El lugar, cubierto de maderas y cortinados artesanales, era cálido y sencillo. Sin embargo, los manteles blancos hasta el piso, las sillas vestidas, y las velas encendidas en cada una de las mesas, le daba un cierto aire de sofisticación.

—No te he presentado. Ella es Victoria...

La mujer se quedó quieta, como esperando alguna aclaración extra, que siguiera al nombre, pero Cohen (o Jorge) no se la dio.

—Adelante, por favor... Por allí hace menos frío.

Y atravesaron esa sala, para llegar a otra, pequeñísima, con grandes ventanales que daban al bosque, y una salamandra encendida, donde los leños crepitaban. El lugar era... encantador (ese era el único adjetivo que se le ocurría a la muchacha desde que había llegado a Cariló, extasiada como estaba por todo aquel mundo de fantasía)

Cohen la ayudó a sentarse en la última mesa de la esquina, donde la serenidad de la noche exterior se volvía imponente.

De inmediato se acercó un camarero.

—¿Usted tampoco querrá vino, señorita? —preguntó el hombre, antes de que ni siquiera Cohen hubiera hablado.

—Agua mineral, por favor...

El hombre se retiró.

—¿Tú no... —comenzó a preguntar la muchacha.

Pero Samuel no la dejó terminar. —No, no mezclo. Lo mío es el whisky... Aunque aquí nunca tomo.

Otro hombre se acercó y les alcanzó dos libros grandes. En las primeras hojas estaba el menú (por tratarse de una parrilla, eran mayormente carnes, o frutos de mar), y luego

había un espacio para firmar y dejar opiniones, que algunos niños traviesos habían usado para garabatear.

—El abadejo está espectacular, Jorge —fue la recomendación.

¡Otra vez ese nombre!... Cohen no sólo parecía cambiar de aspecto y de hábitos en aquel lugar mágico, sino que directamente pasaba a ser otro.

—¿Te gusta el pescado, Victoria?

—Para mi está bien.

—Que sean dos... Pero no te lleves la carta. Quiero ver los platos que han agregado.

Por un segundo Cohen se quedó examinando el menú. Y Victoria no pudo resistir la tentación.

—Jorge —lo llamó.

Y Samuel levantó la cabeza.

Entonces lo vió hacer algo que nunca le había visto hacer antes. Con un gesto distendido, Cohen, por primera vez desde que lo conocía, le sonrió con encanto.

—Está bien, me has “pescado” —dijo— Aquí me conocen por Jorge... Aunque todos saben que me llamo Samuel Cohen. ¿No quieres que pidamos también alguna ensalada? —se apuró a agregar de inmediato, desviando el tema de toda conversación que pudiera parecer personal.

Victoria lo aceptó, mansamente. Era incapaz de forzarlo a hacer algo que (ella intuía), le disgustaba, así que, por el resto de la noche, no volvió a preguntar.

Como había vaticinado el camarero, el abadejo gratinado estaba exquisito. Y por primera vez desde que se conocían, se dieron el lujo de charlar cosas sin importancia. Hablaron de la historia de Cariló, de los bosques y la selva misionera, de la música que Victoria había descubierto en la cabaña, y de los libros que la habían impresionado.

Cuando ya casi habían acabado, accidentalmente la muchacha dejó caer un tenedor al piso. Ambos se agacharon para recogerlo, y por un momento sus manos se acariciaron. Bastó ese simple roce, para que el fuego que había ardido durante la tarde, volviera a encenderse.

Y fue justamente entonces cuando Amanda hizo su irrupción.

—¡Miren quién está aquí!... ¡Claro!... Como tienes quién te entretenga, no me has avisado de tu llegada —le reprochó.

Y luego lo besó en la boca.

—No pensaba venir, pero...—comenzó a justificarse él, sin reponerse de la sorpresa.

—Lo del árbol, ya sé... —Y fingiendo no haber reparado antes en la presencia de la muchacha, se apuró a besarla en la mejilla—. Hola, Victoria —le dijo.

—¿Conoces a Victoria? —se sorprendió Cohen.

—La vi el otro día en tu cabaña... Por cierto, no voy a seguir interrumpiéndolos. Tendrán mucho trabajo del que hablar... —para luego agregar, invitante— En cuanto a ti, querido, te espero esta noche en casa...

—Voy sólo un rato. El bus sale mañana temprano, y no quiero perderlo...

—¡Eres imposible! —rezongó la dama—. Vienes sólo por un día, y te vas a la madrugada... Pero no importa. No voy a discutir contigo...—Y luego, saludando a Victoria, añadió— Adiós, querida... Y no dejes de pasar por la inmobiliaria antes de regresar a la Capital. ¡Aquí cerca hacen un café delicioso, y no puedes perdértelo!...

Así como había llegado, Amanda desapareció del lugar.

Pero nada volvió a ser lo mismo luego de su partida.

* * *

Cuando salieron del restaurante, el frío era casi insoportable. Unas nubes habían ocultado la luna, y, a medida que el centro iba quedando atrás, sólo podía verse la oscuridad.

—¿Cómo hacen para caminar por aquí?... No puedo encontrar ni mis propios pies —se quejó Victoria, que se sentía amargada y muerta de celos.

—Forma parte del encanto de Cariló. A veces, como en la vida, hay que estar preparado para avanzar en medio de sombras.

Y sin que ella lo esperara, él la tomó de la cintura, y comenzó a guiarla con paso firme. Victoria aprovechó para rodearlo con sus brazos (sólo para mayor seguridad, por supuesto), apoyando levemente su cabeza en el pecho de él.

—Hace mucho frío —dijo.

Y Cohen la estrechó aún más entre sus brazos.

En silencio, llegaron hasta la casa, y entraron.

—Voy a buscar un sweater...—dijo Samuel, mientras subía la escalera que llevaba al piso superior de dos en dos, rumbo a su dormitorio.

Victoria se quedó parada allí, en medio de aquella sala que recién ahora, con la presencia de su propietario, parecía completa. Maldiciéndose por no tener más experiencia con los hombres. Por no saber como retener a éste...

Cuando Cohen regresó, bajando cada escalón con lentitud, contemplándola desde allí, su respiración se detuvo. Ver a Victoria, parada en medio de aquel lugar que tanto amaba, era como vivir un futuro tan soñado como imposible. De repente todo encajaba, y la vida tenía un sentido. Y cada pequeña parte de aquel pasado que le dolía tanto, comenzaba a doler un poco menos...

“Si tuviera derecho a amarla”, se lamentó.

Y entonces, sin despedirse, aprovechó que la muchacha no lo miraba, para escapar.

* * *

Cuando la puerta se cerró, Victoria comenzó a llorar.

No se trataba sólo de volver a acomodarse a la pobreza. De no tener adonde vivir. De acostumbrarse a estar sola, por primera vez en toda su vida.

Se trataba de renunciar a este gran amor que le hacía hervir la sangre.

No. No quería un marido, ni una familia. Lo quería a Cohen. Con él le bastaba...

Enceguecida por el dolor y los celos, subió a su cuarto y comenzó a desvestirse. Y luego, completamente desnuda, dejó que la camisa a cuadros de Cohen, que había usado la primera noche, se deslizara por su cuerpo anhelante. Después de intentar inútilmente dormir, volvió a bajar y, poniendo un disco compacto de Queen a todo volumen, comenzó a llorar, echada sobre una alfombra, frente al fuego.

A los pocos minutos, y a pesar de que toda la filarmónica sonaba con fuerza, un ruido leve la obligó a callar. Era como un ligero chillido, y algo parecido a un aleteo. Enjuagándose las lágrimas, la muchacha se puso de

pie, y detuvo la música, para poder prestar más atención. Nuevamente aquel sonido, que parecía venir de...

Victoria lanzó un fuerte grito de horror. Habiendo pasado su infancia en una provincia donde buena parte de su territorio estaba cubierto por selva, era una muchacha difícil de espantar. Podía ver una serpiente sin inmutarse, o millones de insectos, de todo tipo y variedad. Pero lo único a lo que le tenía terror, era a las ratas. Y más aún a sus parientes cercanos, los murciélagos...Y justamente, sobrevolando la doble altura de la sala, se hallaba ahora una de ellos, tan espantado como la muchacha.

De haber sido otro día cualquiera de su vida, posiblemente Victoria se hubiera sobrepuesto, y hubiera tratado de ahuyentarlo con alguna manta. Pero aquella noche en especial se sentía tan agobiada, que sólo atinó a echarse al piso, en posición fetal, mientras se ponía a llorar con desesperación.

—¿Qué pasa, Victoria? —le preguntó Cohen, ahora arrodillado junto a ella, sin poder ocultar la conmoción que le producía el dolor de la muchacha.

Y la joven simplemente se echó, una vez más, a llorar entre sus brazos.

—Hay un murciélago... —logró decir luego de un rato.

—¿Y eso te asustó tanto? —le preguntó él con ternura, mientras se apuraba a enjugarle las lágrimas—. Se salió por la puerta en el mismo momento en que yo entré.

Seguramente estaba un poco atontado por la tormenta de anoche, y lo único que quería era escapar... En quince años que tiene la cabaña es la segunda vez que algo así ocurre...

Ayudó a la muchacha a ponerse de pie, y pudo sentir su cuerpo desnudo entre las manos. Y otra vez su sexo comenzó a reclamar, enfurecido.

—Creí que estabas con Amanda...

—Ya regresé —mintió.

¿Cómo explicarle a Victoria que nunca había tenido el valor para alejarse? Que había estado rondando la cabaña por un tiempo eterno, esperando... ¿Qué cosa había estado esperando? ¿Despertar y ser otro? ¿Tener un nombre y un pasado que poder ofrecerle a esta mujer que ahora temblaba entre sus brazos?.

—Tengo que irme —dijo, antes de que el valor comenzara a faltarle.

—Quédate, por favor —rogó la muchacha, mientras lo abrazaba con fuerza.

—Créeme, estás segura. No va a volver.

—Y tú tampoco... Quédate conmigo...

Victoria lo miró, y el sintió un deseo irrefrenable de arrastrarla contra una pared y hacerla suya. De poseerla, hasta saciarse de aquel cuerpo joven que lo enloquecía desde hacía más de cuatro años...

Pero como durante esos cuatro años, una vez más se contuvo.

—Tengo que irme, Victoria... Mañana parto a la madrugada. Y el martes será tu turno. Espero que logres descansar bien, porque el trabajo se ha acumulado en tu ausencia... —renegó, simulando ser el mismo Cohen de siempre.

Y entonces Victoria se enfureció, y por puro despecho le dijo, mientras le daba la espalda —Ah, Cohen... Me olvidaba. Ayer, durante la tormenta, me he metido desnuda entre tus sábanas... Espero que no te moleste...

Samuel Cohen no supo que decir, y antes de perderse en la locura de su pasión desenfrenada, simplemente se apuró a escapar.

* * *

“¿Me he metido desnuda entre tus sábanas?!... ¡Dios mío, ¿en qué había estado pensando?!”, no paraba de reprocharse Victoria. ¿Cómo había tenido el valor de decirle algo así al hombre del que dependería su sustento al menos por los próximos meses?... ¿Cómo iba a poder volver a la oficina y mirarlo a la cara?...

De una cosa estaba segura: aquella locura de su cuerpo y de su alma había llegado demasiado lejos. Tendría que

aprender a contenerse. A ocultar sus verdaderos sentimientos... Como hacía Cohen.

Era obvio que también él la deseaba. ¿Pero que varón no iba a desear a una mujer que lo provocara, como ella hacía con él? De haber sido otro cualquiera, aquella misma noche la hubiera poseído, aprovechando su desesperación. Pero Samuel le había demostrado una vez más que era un hombre íntegro, y de principios, y fiel, y... Y que ella no le interesaba para nada. Quizás sí como hembra...

Pero no como mujer.

* * *

—Podéis ir en paz.

Victoria se puso de pie, ensombrecida. Acabada la misa dominical, ella ya no tenía adonde ir.

Tony había sido muy amable al acercarla a Pinamar con la “cuatro por cuatro”, para que pudiera concurrir a la Misa de las once. Pero Victoria, que no quería abusar, había insistido en volverse sola de allí, con el bus que paraba a unas cuadras del Templo.

Para la una de la tarde ya había caminado esas cuadras, y muchas más. Conocer también ese balneario era la excusa, pero alejarse de Cariló, y aquella cabaña que ahora le dolía, era la realidad.

Además, no era mala idea volver a acostumbrarse a su vida de pobre, sin choferes ni autos lujosos. Donde el único “Mercedes” accesible, era el motor del bus que la llevaba diariamente al trabajo.

Finalmente, y preguntando, llegó hasta el mar. La playa de allí era mucho más “civilizada” que la otra, pero como la de Cariló, era hermosa y grande. Con gusto la muchacha se sentó sobre la arena, y se dejó acariciar por el sol del mediodía.

Luego de un tiempo sin tiempo, volvió a ponerse en marcha, y comenzó a caminar por una rambla que no llevaba a ningún sitio.

—¡Victoria!

La joven se dio vuelta y trató de reconocer al que la estaba llamando.

—¡Fernando!... ¿Qué haces aquí?.

Aún sin su traje elegante, aquel hombre se veía increíble.

—Vine a ayudar a mi padre para reacondicionar su casa. Quiere rentarla para el verano, pero primero habrá que hacerle algunos arreglos... ¿Y tú?...

—¿No te han contado nada?

—¿Sobre qué?

—¿No has vuelto a la mansión?

—No me llamaron más, afortunadamente. Creo que Esmeralda se enojó un poco conmigo luego de la charla que tuve con ella la última vez.

Victoria frunció el ceño.

—¿Qué pasó? —insistió él.

—Nunca fui Victoria Ferrari. No tengo nada que ver con la familia...

—Pero dijiste que el ADN...

—Repetí lo que me habían dicho. Pero no era cierto...

—¿Y cuál era el objeto de mentir?

—Frenar una venta que era una estafa...

—Y entonces...

—Vuelvo a ser Victoria Rojas. Una oscura profesional, a la que apenas le alcanza para sobrevivir...

—Únete al club.

Victoria se extrañó.

—Creí que tenías mucho dinero. Vanina dijo...

—Vanina no me conoce. Sólo estuvimos juntos un par de noches, pero eso no es mucho decir. Ella se acuesta con cualquiera.

A pesar de que ya no tenía ninguna relación con Vanina, a Victoria le dolió un poco la forma despectiva en que Fer se refirió a la que alguna vez había creído su hermana.

—De cualquier manera —agregó el muchacho, en forma socarrona—, pertenezco a la honrosa clase media argentina. Lleno de cultura, y falto de dinero

—Pero tus trajes...

—Lo poco que gano lo gasto en ropa. En este país, los médicos estamos horriblemente mal pagos, pero al menos todavía contamos con algo de prestigio.

—Los contadores ya no tenemos ni eso.

—Sí, todos saben que en nuestra sociedad se mide a la gente por cosas tan estúpidas como el reloj que lleva en la muñeca, o el automóvil que conduce.

Victoria se avergonzó, y trató de tapar ese Rólex que no le pertenecía, y que le quemaba la piel.

—Te confieso que me costará un poco acostumbrarme a volver a ser pobre.

—Y ahora que lo eres, puedo darme el lujo de llevarte a tomar un café con vista al mar. Este lugar —dijo, señalando un bar cercano— es uno de los mas bellos de aquí. Y está abierto todo el año.

Efectivamente el sitio era hermoso y tranquilo. Lo atendían unas jovencitas que eran solícitas y bien educadas (lo que era poco usual en esos lugares de moda).

—¿Qué piensas hacer ahora, Victoria?

—Cohen ha vuelto a darme trabajo. Me ha prestado su casa en Cariló para que...

—Que oportuno —la interrumpió él, con escepticismo.

—No, de verdad... Me la ha prestado para...

—¿Y no se han encontrado, desde que estás allí?

—Bueno, ayer. Pero ha sido por casualidad...

—Claro, por casualidad... —repitió él, con suspicacia.

—Cohen siempre ha sido un caballero conmigo. De hecho...

—Conozco a los tipos como él. La juegan de caballero, hasta que un día deciden dejar de serlo...

—No. No es así.

Y Victoria no pudo ocultar su enojo.

—Creí que ahora que eras pobre, y estábamos más a la par, podía tener una nueva posibilidad, pero veo que me equivoqué —dijo el muchacho, con desilusión.

—Disculpa, pero es que Cohen...

Otra vez no la dejó terminar.

—¡Me doy cuenta!... Ahora es el turno de tu ex jefe. Ya lo veía venir, la tarde que te besé, pero... Evidentemente

soy el único estúpido que tropieza dos veces con la misma piedra...

—No sé a que te refieres...

—Pobre o rica, me gustas mucho, Victoria. Me gustaste desde el primer día que te vi y...

Fernando siguió hablando, pero ella ya no lo podía escuchar. Su cabeza pensaba ahora a gran velocidad.

Tenía allí, en frente suyo, a ese hombre soñado, que le estaba declarando su amor. Al que no le importaba su dinero, o...

—Fer... —lo interrumpió—. No te enojés... Todavía no estoy lista. Pero tú también me gustaste desde el primer día... Es sólo que...

¿Podría por primera vez en su vida ocultar sus sentimientos, y no desaprovechar la oportunidad?... ¿Qué clase de perspectivas tenía con Cohen?... Nunca iban a volver a estar tan cerca como lo habían estado la noche anterior, y sin embargo...

Ese hombre hermoso que tenía enfrente, que reunía todo lo mejor que ella podía soñar, le estaba proponiendo una relación. No tenía por qué casarse con él. Sólo se trataba de darle tiempo y probar... Aunque no estuviera segura, por una vez en la vida podía especular un poco, y hacer lo que era más conveniente para ella.

—¿Es sólo qué? —la animó él a continuar.

—Es sólo que estoy enamorada de Cohen —concluyó de forma brutalmente honesta, que era la única forma en que sabía expresarse—. Y como tú me enseñaste, los sentimientos no tienen explicación... Me encantaría poder ser libre para amarte, pero...

El sol del atardecer se filtró por la ventana, iluminando el perfil de aquel maravilloso moreno que acababa de rechazar. Y pronto se encontró a si misma rogando a Dios para que no llegara el día en que se arrepintiera por haberlo hecho.

* * *

El bus iba a partir a las tres de la tarde. Doña Lidia le había recomendado que tuviera sus cosas listas desde las dos, pero no había mucho que empacar.

Durante todo el día lunes Victoria había estado luchando contra aquel peligroso impulso. Pero ya casi de regreso a la Capital, no pudo evitar ceder a él. Sabía que no debía hacerlo, pero...

—¡Hola!

Con el mismo empuje que tenía siempre, Amanda Ruiz no ocultó su alegría por una visita que parecía estar esperando.

—Sólo he venido a despedirme. Mi bus sale a las tres.

—Tiempo suficiente como para tomar ese café del que te he hablado...

Al ver el entusiasmo de aquella mujer, el de Victoria se enfrió. Las dos sabían que esa reunión iba a disgustar a Cohen, y era evidente que Amanda no había querido tomar la iniciativa del encuentro.

—Será mejor que lo dejemos para otra vez...—se arrepintió la muchacha.

—¿Piensas venir seguido? —indagó la dama, sin poder ocultar su preocupación, a pesar del tono jovial en que había formulado la pregunta.

—No... En verdad no creo que pueda volver demasiado pronto...

—Entonces no podemos dejar pasar esta oportunidad de charlar y conocernos mejor... Finalmente, tú y yo tenemos muchas cosas en común... ¿No lo crees?...

Cuando sirvieron los cafés, Amanda todavía no había dejado de sonreír, encantada. Pero bastó que la camarera se retirara, para que su cara cambiara de inmediato.

—¿Qué quieres preguntarme sobre Jorge?

—Nada, yo...—dudó la muchacha.

—Te entiendo. A veces su silencio puede ser exasperante...

—¿Por qué todos lo llaman Jorge?

—Porque así lo bautizaron. Jorge Cárdenas. Hijo del arquitecto Aníbal Cárdenas...

—Pero creí que...

—¿Qué era judío?... Lo es.

—No entiendo...

—Al principio ninguno de nosotros podía entender, y eso que conozco a Jorge desde el kinder. Éramos compañeros del colegio Champagnat. Un grupo muy selecto, por cierto. Nuestras familias también eran muy amigas, y por eso más de una vez se asociaron en algún proyecto. Mi padre vendía un lote en Cariló, y Aníbal construía la casa. Incluso el apart hotel que está en frente de la cabaña, el más antiguo del lugar, lo construyó él. Así que de lunes a viernes nos veíamos en clase, y los fines de semana partíamos hacia aquí. ¡Fue una infancia maravillosa!... Luego comenzamos a crecer. Jorge se llevaba muy mal con su padre. Aníbal era un hombre demasiado estructurado, y por aquellos años Jorge soñaba con ser cantante, o algo así. Las peleas eran cosa de todos los días. Pero no por eso dejaba de venir a Cariló. ¡Y cuando estábamos juntos!... Hacíamos de todo. Navegábamos las olas con nuestras tablas, o las dunas con un buggy, (algo parecido a un cuatriciclo)... ¡Sí que éramos un grupo ruidoso! Todos nos conocían. Luego llegó el tiempo de la facultad. Jorge, que ya casi tenía aprobado el ingreso a arquitectura, decidió a último momento cambiar por Económicas. Al parecer se había enamorado

de una tal Cristina, una muchacha muy vinculada con grupos de izquierda. Decía que quería recibirse de economista, y cambiar el mundo. Aníbal casi enloqueció al enterarse. Estuvieron todo un mes sin dirigirse la palabra... Una mañana estábamos todos juntos en la entrada de la facultad (yo por entonces estudiaba administración de empresas, aunque nunca me recibí), cuando se nos acercó un hombre mayor. En ese momento nos pareció mayor, pero debía tener apenas unos treinta años. El tipo comenzó a hablarnos sobre la dictadura militar de los setenta, y lo que había ocurrido con los chicos que los militares habían torturado. A mi no me interesó en absoluto (mi padre siempre había estado muy vinculado con el gobierno, fuera el que fuera, y tenía amigos en todas partes). A Jorge, en cambio, lo apasionó. El tipo lo llevó hasta un centro de detención clandestino, y comenzó a llenarle la cabeza con todo aquello, que para mi ya estaba pasado y pisado.... Al poco tiempo Jorge comenzó a cambiar. Tenía otros amigos, otros intereses, y ya casi no dormía en la casa. Luego, un día me lo encontré y me dijo que se había hecho un examen de ADN, porque creía que era un hijo de desaparecidos...

Victoria miró a la joven con horror, recordando las palabras y el gesto de Cohen cuando le había mostrado las instrucciones para su ADN. Ahora podía entender las razones de su jefe para aproximarse tanto a ella luego de eso, y que ella, estúpidamente, había confundido con un interés romántico o personal.

Amanda continuó hablando.

—A los dos meses ya era otra persona. Se llamaba Samuel Cohen, y era judío... ¡Qué gracioso! ¡Judío!... ¿Sabes?, no es que tuviéramos nada con eso, pero... Cuando éramos niños, y había algún judío cerca, solíamos burlarnos de él. No con maldad, pero... ¡Y Jorge era el peor!... ¡Que gracioso!...

—Entonces Cohen es cristiano...—dijo la muchacha, casi para sí.

—Tiene la soberbia de un católico, y siente la culpa de un judío... Él suele decir eso de sí mismo... Como sea, creo que el seguir creyendo en Dios y no en Jehová lo enfurece... No intentes nunca hablar de religión con él, si quieres salir viva de allí.

—¿Y luego que pasó con su familia?

—Aníbal fue condenado por apropiación ilegal de un menor, o algo por el estilo. Pero no llegó a estar encerrado ni un día. Antes se murió del corazón. A su madre la terminaron liberando por falta de mérito. Como sea, él no volvió a verlos. En cambio se apegó mucho a su tío...

—Bernardo.

—Sí. Es un judío que vende telas en el Once, o algo así. Y también a su abuelo paterno, que era un viejito encantador. Un día me llevó a conocerlo. Sastre, de oficio. Como vez, gente no demasiado culta. Toda la familia tenía cifradas sus esperanzas en el padre de Jorge, que se llamaba Samuel, y estaba estudiando para contador. Por eso él

cambió de carrera, y tomó su nombre. Para conformar a su pobre abuelo, que no se resignaba a la muerte del hijo. En cambio de la familia de su verdadera madre, una cristiana que no tenía más de diecinueve años cuando lo parió, no tuvo nunca noticias. Al parecer huyeron del país, y nunca más regresaron.

—Entonces los padres de Cohen eran terroristas...

—¡No!... Tuvieron la mala suerte de figurar en la libreta de alguien. Dicen las malas lenguas que en la de Bernardo, que unos años atrás había colocado más de una bomba lanza—panfletos... Pero sabes como acabó esa historia. Torturaron brutalmente a cualquier pobre desgraciado, mientras los verdaderos asesinos y secuestradores todavía hoy en día se muestran en televisión, estudian carreras universitarias, u organizan concursos telefónicos. Incluso uno de ellos terminó asociándose económicamente a uno de sus secuestrados, mientras algún pobre idiota pagó por sus culpas. El terrorismo, de estado o del otro, siempre es cuestión de política. Finalmente Jorge lo entendió, y cuando su madre murió (me refiero a la señora de Cárdenas), entró en razones. Comenzó con el estudio contable, y a levantar el hotel que Aníbal había soñado.

Victoria se quedó muda, con la vista fija en el bosque que se veía más allá del ventanal.

—Y ahora que ya he dicho todo lo que no te atrevías a preguntarle, llegó mi turno...

—¿De qué?

—De preguntar...

—No sé nada que... —comenzó a decir la muchacha.

Pero Amanda la interrumpió.

—¿Lo amas?

—Sí.

La dama volvió a mostrar aquella sonrisa fingida.

—Estaba segura de que era así....

—¿Y tú?

—Desde el kinder. Fue el primero y el mejor hombre de toda mi vida....

Por un momento cruzaron miradas, y la camarera que inocentemente se había aproximado para alcanzarles algunas galletas, gentileza de la casa, retrocedió espantada al darse cuenta de la intensidad con que lo hacían.

—Es un estupendo amante, como habrás podido comprobar el sábado —agregó la dama, con intención.

Pero Victoria no tuvo la astucia para ocultar su sorpresa— ¿Cómo, no estuvo en tu casa?

—Curioso... Nunca llegó...

Como si eso cambiara en algo las cosas, Victoria se sintió complacida.

—¿Cómo continúa esto? —preguntó luego, con inocencia. Nunca antes había peleado por un hombre.

—Yo, pienso hacer lo que siempre he hecho por él. Esperarlo. Jorge y yo somos muy parecidos. A veces nos distraemos... Pero siempre sabemos adonde volver.

—Bueno... Creo que ya debo irme... —dijo Victoria, poniéndose de pie.

Pero Amanda no la dejó partir.

—Victoria, no te he dicho todo sobre él... Jorge es un hombre desesperado. Ya ha intentado matarse, y cada tanto cede al alcohol. No lo saques de su rutina. No intentes hacerlo cambiar... Sólo vas a lograr empujarlo hacia el vacío... Y entonces no va a ser bueno ni para ti, ni para mí...

La muchacha soltó la mano que Amanda le retenía, y, sin poder reaccionar, se apuró a salir cuanto antes.

Había llegado hasta allí para descubrir al verdadero Cohen, y había hallado mucho más de lo que tenía el valor para encontrar.

* * *

En medio de la ruta, el bus hizo una pequeña parada que Victoria aprovechó para llamar por un teléfono público a Doña Rosa, la dueña de la pensión.

—Claro, muchacha... Ya me lo ha explicado todo tu jefe. Y aquí estamos encantados de recibirte...

Una vez más Cohen actuaba como su ángel de la guarda.

—Lo que si, doña Rosa... ¿Podría asignarme un cuarto distinto al...

—¡Ni que lo digas, muchacha! Ya me lo ha pedido el señor Cohen. Voy a darte el del primer piso, que acabamos de pintar...

Para Victoria iba a ser muy difícil seguir adelante. ¿Con qué cara iba a mirar a su jefe de ahora en más?...

¿Y si la estaba esperando en la estación?

Por un lado se moría por verlo. Pero por otro... simplemente se moría.

Por fortuna (¿?), Cohen no estaba allí. El regreso a la pensión quedaba por su cuenta. Trató de tomar un autobús, pero luego desistió. No eran tantas cuadras, y la noche estaba apacible.

Comenzó a caminar por las calles atestadas. Pero a medida que se iba acercando a su antiguo barrio, empezó a invadirla el miedo. ¿Siempre la gente había tenido aquellas caras amenazantes? ¿O era ella la que se había vuelto

pretenciosa, incapaz de tolerar las diferencias de los demás?

Por las dudas, decidió usar sus últimos billetes, y tomar un taxi por las pocas cuadras que le faltaban.

—¿Segura que quiere ir allí, señorita? —le preguntó el conductor—. No es un buen barrio para alguien como usted... —le advirtió.

Afortunadamente el viaje duró poco.

—¡Bienvenida, muchacha! —la saludó doña Rosa al recibirla, con sincera alegría.

—En cuanto al precio de la habitación. Sé que cobra por adelantado, pero...

—Tu jefe ya lo arregló. No te preocupes. También me pagó para que te sirva la cena... Pero como ya lavé el piso de la cocina...

—No importa. Comí algo durante el viaje —mintió Victoria—. ¿Tiene la llave de mi cuarto?

—Si me das el bolso yo lo acomodo, porque preferiría que antes atendieras a la señora que te está esperando. La pobre lleva más de dos horas sentada.

“¡Otra vez!”, pensó Victoria, harta de los jueguitos de su ex tía (una tía que desplazaba a la arpía de Primitiva Rojas, a la categoría de bebé de pecho).

—Dígale que no estoy, por favor...

—No tengo corazón. La pobre parecía muy interesada en verte.

Victoria se preparó para gritar. No estaba segura de la nueva trampa que le había organizado Cora, pero de lo que sí estaba segura era de que por ningún motivo iba a regresar a la mansión.

Abrió la puerta con furia, y...

—¡Berta!...

La dama se puso de pie al verla. En efecto, se veía muy preocupada.

—¿Le ha pasado algo a Esmeralda? —se angustió Victoria.

—No. La señorita Esmeralda está muy bien, y ya tiene un novio.

—¿Entonces?... ¿Qué sucede, Berta?... —Y, creyendo adivinar sus motivos, le habló con sarcasmo— ¿Ha venido a burlarse de mi desgracia? Finalmente, usted tenía razón: ese no era mi lugar.

—No, señorita. He venido a traerle algo que le pertenece.

Y sin agregar más, le alargó una foto que tenía en la mano.

Fue un impacto para la muchacha al verla.

Desde un viejo papel, ella misma estaba saludando. Claro que disfrazada como en los años ochenta, y con los ojos marrones.

—¿Qué es esto? —preguntó asustada, sin terminar de entender aquella foto tan imposible como absurda.

—Esa es Margarita, tu madre.

El mundo de Victoria volvió a colapsar.

—No. De verdad, mi verdadera madre es Ramona Rojas. Sé que me parezco enormemente a esta mujer, pero la prueba de ADN...

Y se largó a llorar.

—Tu madre era una señora hermosa y muy decente —comenzó a decir aquella dama en un tono dulce que nunca antes había usado con ella, mientras trataba de consolarla—. Era la única en aquella casa que nos trataba como personas, y no como perros. Yo ya había servido algún tiempo a tu abuela, Elvira Carreras, una mujer dura, con una gran ambición. Tu abuelo era un embajador cuyo único desvelo era llegar a ser presidente de la República. Y juntos se las arreglaron para hacer la vida de su única hija, miserable. La pobre muchacha había nacido en Suecia, pasado su primera infancia en Egipto, su niñez en El Salvador y su adolescencia en Gran Bretaña. Y a pesar de eso, era encantadora, aunque muy solitaria. Cuando se enamoró de tu padre, todos pensamos que finalmente iba a poder ser feliz. Pero cuando llegaron las brujas de sus

cuñadas a la casa, Cora y Roberta, nos dimos cuenta de que no iba a lograrlo. La peor era Cora. Una borracha que se acostaba con todos. Las peleas con tu madre eran continuas, y tu padre no sabía defender a su mujer. Era bueno, pero le faltaba carácter. Por eso cuando Margarita quedó embarazada de ti, tu padre decidió cortar por lo sano. Le cedió el diez por ciento de la empresa a sus hermanas, y el resto lo puso a nombre de tu madre. Él sabía por qué lo hacía. Tenía miedo de que si algo llegaba a ocurrirle, aquellas brujas inmundas intentaran quitarle, a Margarita o a ti, lo que legítimamente les pertenecía. Y luego, sin dinero para despilfarros, las mandó a vivir a la antigua casa de los Ferrari. Cora nunca se lo perdonó. Siempre andaba rondando la mansión, tratando de quedarse con alguna joya, o algo para vender. Una vez que había tomado un prendedor, acusó a Ramona, que por entonces servía junto conmigo, de haberlo robado. Tu madre, por supuesto, no le creyó. Pero para evitar peleas, alejó a su empleada favorita de la casa, y le consiguió un trabajo junto a su antigua institutriz. Una mujer alemana que vivía en Misiones. Ella misma le compró el pasaje...

—La señora Alexia... —dijo la muchacha, como para sí.

—Sí, ese era su nombre. Ramona estaba encantada. Había nacido en la provincia de Tucumán, y añoraba el campo. Justo el día en que tu madre murió, había venido para despedirse.

—¿Y estaba embarazada?

—¿Ramona?... No. No era muy linda, ni muy inteligente, pero tenía una honestidad a toda prueba. Como sea, la fecha de Margarita ya se acercaba, y justo en ese preciso momento tu padre tuvo que partir hacia Europa. Después nunca pudo perdonarse por haber hecho ese viaje.

—Pero no entiendo... ¿Cree que Ramona aprovechó el pasaje que la misma Margarita le había dado, para robar a su bebé?

—¿Robar un bebe recién nacido?... Ramona era una muchacha muy simple. Y muy obediente... He pensado mucho en todo esto. Sé que el día que tu madre fue atropellada no llevaba ningún bolso ni identificación, pero sí tenía el pequeño papel que Ramona le había dado esa tarde, con el número de la pensión donde estaba parando antes de partir. Seguramente alguien lo vio, y la llamó. Quizás por eso fue la última persona en ver a tu madre con vida...

—No creo que...

—Una enfermera dijo que una mujer morena había hablado con la señora Margarita.

—Pero mi madre era incapaz...

—Tu madre, tu verdadera madre, estaba desesperada. Tenía terror de sus cuñadas, y seguramente pensó que si tu padre te criaba, ellas terminarían lastimándote. Estoy segura de que fue ella misma quien te entregó a Ramona.

—¡Imposible!... ¿Por qué no recurrir a su propia familia?

—¿A quién?... ¿A las mismas personas que nunca habían tenido tiempo para criarla?... No. La señora Margarita tenía muchas cuentas pendientes con sus padres.

—Pero para Ramona era casi imposible hacerse cargo de...

—Creo que ella le encomendó que te llevara con Alexia, su vieja institutriz. La señora la amaba.

—Sé que durante los primeros tres años de mi vida vivimos en la casa principal, junto a la señora Alexia. Pero después ella enfermó, y terminó dejándonos la granja.

—Lo he pensado mucho. Criar a una recién nacida hubiera sido imposible para Ramona. La pobre muchacha no tenía cabeza.

Victoria, envuelta en lágrimas, y todavía con la foto de Margarita en sus manos, miró a Berta, confundida.

—¿Y si usted pensaba que yo era la verdadera Victoria Ferrari, por qué me trataba tan mal?

—Porque quería alejarte. Ni bien te vi supe quién eras, y no quería que te lastimaran como a tu madre... No te confundas. Amo mucho a las muchachas. Yo las crié. Y sólo por ellas sigo en esa casa... Pero llevan en su cuerpo la mala sangre de la señora Mercedes... ¡Y esa Cora!... Por eso quería que te alejaras cuanto antes...

—¿Y ahora, qué ha cambiado?

—Durante estos meses, has demostrado que eres capaz de vencerlos a todos. Tienes la valentía de tu madre Y te has ganado ese lugar... ¡No dejes que esa basura de Cora se salga con la suya!... Y además... Vanina y Esmeralda están perdidas sin ti...—concluyó, con los ojos llenos de lágrimas—. Y ahora me voy. Tienes que descansar, y yo tengo que volver a casa. La señora Mercedes se vuelve loca si no sirvo la cena a tiempo, y ya casi son las diez. Posiblemente me eche...

Victoria la miró, alarmada.

—No te preocupes. Siempre lo hace... —agregó. Y entonces observó a Victoria con emoción— ¿Puedo besarte? —le pregunto, justo antes de rozar tibiamente las mejillas de la muchacha.

Luego tomó sus cosas, y ya casi estaba por salir del cuarto, cuando la voz de Victoria la detuvo.

—¿Cómo supo que iba a estar aquí?

—El doctor Cohen me lo dijo.

Cohen. Otra vez.

* * *

Cohen abrió la puerta de su oficina dos minutos antes de las ocho de la mañana. Había estado luchando consigo

mismo desde las seis, para no tomar su primer vaso de whisky del día (ahora que su límite diario eran dos).

Como las últimas noches, apenas si había podido dormir. Esa mañana iba a encontrarse con Victoria, y desde Cariló que no podía sacarse de la cabeza aquellas palabras tan perturbadoras: la imagen de ese cuerpo que deseaba tan intensamente, desnudo en medio de sus propias sábanas. Se sentía a punto de enloquecer. Y es que durante cuatro años se había limitado a amarla a la distancia, pero ahora también necesitaba apretarla entre sus brazos (y acariciar sus pechos, y meterse en su sexo, y... ,y...)

—Hola

Cohen se ruborizó. Sentada en medio de la oficina desierta, estaba ella, envuelta en penumbras, (¿siempre había sido tan sensual?), con los dos primeros botones de la camisa abiertos, y una falda corta que...

¡Dios! ¡Apenas eran las ocho de la mañana!

* * *

Como siempre lo hacía, Cohen la había ignorado por completo al entrar. Así que Victoria, algo enojada, se apuró a seguirlo a su despacho privado.

—¿Puedo pasar?

—Me alegra que hayas llegado una hora antes de tu horario de entrada. Quiere decir que tienes muchas ganas de ponerte a trabajar.

—O que estoy desesperada...

Cohen no pudo evitar mirarla, pero de inmediato volvió a sus papeles (¿dónde mierda estaban sus papeles?)

—El problema contigo es que te desesperas muy fácil – le dijo en un tono autoritario, pero calmado—. Claro que sería conveniente que, ahora que eres de nuevo mi empleada, lo hicieras fuera del horario de oficina.

Victoria, como Cohen suponía, se ofendió.

—Estoy fuera del horario de oficina.

—Yo no.

Y como Cohen esperaba, la muchacha se ofendió aún más.

—Entonces mándame alguna tarea.

—Vas a encargarte de la cuenta Ferrari.

—¿Te burlas de mi?

—No. Eres la más capacitada para hacerlo. No necesitas ir a la fábrica. Yo te traeré todo lo que te haga falta.

—¿Aceptaste lo que te ofreció Cora? ¿Mi lugar en el directorio?

—¡Por supuesto!... Estoy seguro de que esa fábrica te pertenece, y que tarde o temprano vas a volver allí. Así que lo más prudente será evitar que, durante los meses que estés alejada, algún idiota meta mano en lo que, con tanto trabajo, hemos podido ir resolviendo.

—¿Por eso fuiste a buscar a Berta?

—Ella me buscó a mí. Pero su relato carece de importancia (aunque la foto es muy impactante). En cambio me bastó escuchar a Cora para darme cuenta de que estaba intentando manipular la situación, porque había una situación para manipular. Estoy seguro que, si ella hubiera pensado que no tenías ningún derecho a la herencia, hubiera intentado...

Victoria clavó en su jefe una mirada que él no tuvo el valor de rechazar.

—¿Tú también te burlas de mí, Cohen? —preguntó con amargura.

—Soy incapaz de hacerlo —le contestó, mientras aquel fuego que ambos ocultaban comenzaba a encenderse una vez más.

—Cohen...— comenzó a decir Vázquez, entrando despreocupadamente al despacho de su jefe.

Pero al ver lo que allí ocurría, se detuvo de inmediato.

—Perdón, no sabía que...

—No. Está bien, Vázquez —se apuró a decir Cohen, aliviado—. Quédate, por favor... Justamente le estaba diciendo a Victoria que...

Pero la muchacha no esperó a que terminara.

—¿Qué quieres de mi, Cohen?.... ¿Qué vuelva a hacer esa estúpida prueba de ADN?

—No se trata de lo que yo quiera, Victoria, sino de tu deber.

—¡Estoy harta de hacer lo que debo!... Alguna vez también me gustaría hacer lo que tan intensamente deseo...

—Y su mirada volvió a arder, quemándolo a él con sus destellos. Y cuando Cohen ya estaba indefenso, entregado a ella, agregó— Y eso es algo que también tú, Samuel, o como te llames, aunque fuera una vez, deberías intentar.

Victoria salió de allí, no sin antes cerrar la puerta del despacho de un golpe.

—¡Guau!— dijo Vázquez.

Y fue el único que se atrevió a hablar.

* * *

Como hacía todos los días, Nicolás llegó a su oficina con una hora de adelanto. A pesar de eso, su secretaria lo estaba esperando, alarmada.

—Acaba de llamar. Tampoco hoy va a venir —le dijo, sucintamente.

—Está bien... Yo voy a cubrirlo...

—¿Crees que...

—No. Va a ocurrir de un día para el otro. Él es el único que no quiere entenderlo.

—Cuarenta años son muchos...

—¡Ya lo creo!...

Nicolás comenzó a caminar hacia el despacho de su jefe, el doctor Uriburu. Pero nuevamente la voz de su secretaria lo detuvo.

—¡Espera!... Alguien está aguardando por ti desde hace una hora, en la sala de juntas. Es una muchacha... Hermosa —agregó la secretaria, sin ocultar su enojo.

Entusiasmado, Nicolás corrió a su encuentro (cosa que enfureció aún más a la joven).

Sí, como lo había previsto, se trataba de Victoria, a la que ya llevaba más de una semana sin ver.

—¡Finalmente! ¡Creí que te había tragado la tierra!...

—No podía quedarme en la casa. No después de lo que me dijo Cora.

—Luego de que te fuiste, aquello se convirtió en una verdadera revolución. Y como si fuera poco, ahora ha

llegado un grupo de abogados dispuestos a reclamar la herencia de los Carreras. El plazo se ha vencido, y habrá que entregar la mansión, los campos de Mendoza, el producido de la venta de la casona de Punta del Este, y todas las obras de arte. Mercedes está como loca, y no tiene ni idea de cómo va a hacer para reunir el dinero de los faltantes.

—La herencia Carreras... Lo había olvidado...

—¿Y tú? ¿Qué hiciste esta semana?... Hasta llamé a ese miserable de Cohen para saber adonde estabas, pero, por supuesto, no quiso informarme. Ahora que lo han nombrado director, debe estar festejando.

—No hables mal de él, por favor... En cuanto a la herencia. Ayer vino Berta a la pensión donde estoy viviendo, y...

—¿Berta?

—Sí. Y me trajo esto.

La muchacha le alargó con cuidado aquella fotografía que atesoraba, y sobre la cual había estado llorando toda la noche—. Esa es Margarita Carreras.

—¡Increíble!

—Sí. Pero no sirve para reclamar una herencia que, al parecer, los demás necesitan tanto.

—“Las hermanitas” no son los únicos parientes vivos de Aldo que pueden dar su sangre para cotejarla con la tuya. También están las muchachas.

—Y tú.

—No me metas en esto, Victoria.

—Esa es mi condición: si yo me hago la prueba, también te la haces tú. ¡Y quiero mantener alejada a Esmeralda de todo el asunto!

—Ella está muy ocupada con el novio. Por ahora, no piensa en nada más. Vanina, en cambio, se va a prestar, encantada. Ya mismo voy a... —comenzó a explicar, mientras se aprestaba a salir.

Pero la voz de Victoria lo detuvo.

—¡Espera!... ¡Te extrañé mucho! —le dijo, mientras se echaba en sus brazos, y comenzaba a llorar.

—¡Yo también! —contestó Nicolás, emocionado.

Pero la intempestiva llegada de su secretaria a la sala, los interrumpió.

—Nicolás,... Uriburu en línea dos.

—¡Gracias! Ya lo atiendo —replicó, mientras se separaba de Victoria y corría hacia la sala principal.

Una vez a solas, la secretaria miró a la muchacha con desconfianza.

—¿Tú eres Victoria, no?

—Sí.

—Agustina, mucho gusto —respondió, mientras le tendía la mano con excesiva formalidad.

Pero Victoria no la tomó. Por el contrario, la miró sorprendida: —¿”Tú” eres Agustina?...

* * *

—¡Victoria!

Vanina prácticamente se tiró en los brazos de su supuesta hermana. Y lo hizo con una sinceridad contagiosa, bastante desacostumbrada en ella.

—¿Cómo estás? —preguntó la otra, emocionada, mientras Nicolás entraba en la oficina para concertar todo lo relativo al estudio que iban a efectuarse (los tres, a pedido expreso de Victoria).

Pero bastaron esos pocos minutos de ausencia del muchacho, para que Vanina se las ingeniara para poner a su hermana al corriente de todo lo ocurrido en la mansión durante la semana (el último novio de Mercedes, el primero de Esmeralda, el asedio de los abogados, las insoportables visitas de Cora... ¡Todo!)

—¿Y Joaquín Piñeyro? —preguntó Victoria, con una sonrisa intencionada en los labios.

—¡Horrible! Es malhumorado, egoísta, aburrido... and, ¡I'm totally in love with him!

—¿In love? Tradúceme, por favor, porque mi inglés es pésimo. ¿Eso no quiere decir que estás enamorada?

—¡Totally!... ¡Y quiere casarse conmigo!

—¡Felicitaciones! —se alegró Victoria.

—Es... Es increíble, pero, ¿qué se yo?, ¡lo amo!... ¿Qué raro, no?. Todos los demás me escuchaban hablar encantados, me hacían el amor, y después no volvían a llamar jamás. Él, en cambio, siempre parece aburrido cuando yo hablo. Me dice: ¿no tienes una amiga a quién contárselo?, o ¿no crees que es ridículo hablar durante dos horas de tu peinado? ¡Cómo si el cabello no fuera la parte más importante del arreglo de una mujer!

—¿Entonces? —preguntó Victoria, confundida.

—¡Nunca escucha lo que le digo!... Pero cuando no cuento algo, ...o cuando una cosa me duele de verdad, aunque ni siquiera yo lo sepa, él es el primero en darse cuenta, y estar allí para mí... Nunca antes me...

Vanina se detuvo al notar que su hermana mayor lloraba.

—¿Cohen, no? —se atrevió a preguntar.

Y Victoria sólo pudo mover afirmativamente la cabeza.

—Entonces Nicolás tenía razón. Te habías ido con él...

—¡Victoria! —La voz profunda de Nicolás las volvió a la realidad—. Te esperan...

La joven entró, obediente, y Vanina y Nicolás se quedaron solos.

—Tenías razón. Estuvieron juntos. Y no creo que le haya ido nada bien —le susurró la muchacha.

Y, a pesar de todo lo que pasó por su cabeza, Nicolás sólo se limitó a hacer una mueca de disgusto.

¡Nadie tenía derecho a meterse con sus hermanas!

* * *

Las nueve y cuarto de la noche, y Cohen ya se sentía listo para dejar de trabajar, y tomar su tercer whisky del día. Quizás, incluso, podía pasar por el mercadito cercano a la plaza y comprar alguna botella de buen escocés, ya que le había parecido verlo a un precio increíblemente barato.

Entusiasmado con la idea de obtener algún tipo de recompensa luego de un día de su vida que, como tantos, hubiera preferido borrar del calendario, se apuró a tomar sus cosas, y se dirigió con paso rápido hasta el elevador.

Pero cuando las puertas del aparato se abrieron, todo lo que pudo recordar después fue la oscuridad.

* * *

—¡Cohen!... ¡Cohen!...

Cohen abrió sus profundos ojos marrones, y de inmediato pudo leer en el rostro de Nicolás Expósito una terrible preocupación. El fulano lo estaba mirando con ojos desorbitados. Intentó levantarse, pero el cuerpo le dolía. Y un líquido tibio comenzó a correr por su mejilla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confundido.

—Venía a golpearte. Pero al parecer alguien se me adelantó. ¡Estás destruido!

—No recuerdo nada.

—Eran tres. Y creo que si yo no hubiera llegado, te hubieran terminado matando... ¡Al parecer no eres un tipo demasiado popular!

—¡Loria!... —repitió Cohen para sí.

—¿Roberto Loria?

—De seguro. No es la primera vez que me envía “a su gente”.

Nicolás lo miró con desconfianza, así que el otro se vio en la necesidad de explicarle.

—Aunque no lo creas, no hay demasiada personas en este mundo que me quieran matar.

—Me parece extraño, cuando yo mismo estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Por qué? —se sorprendió Samuel.

—“Por quién”, deberías preguntar.

Y Cohen lo miró con la pequeña fracción de su ojo (el que no estaba cerrado), que ahora tenía disponible.

Con dificultad trató de ponerse de pie, pero sólo lo logró con la ayuda de Nicolás.

—Te guste o no, voy a llevarte a un médico —le dijo éste, preocupado.

—Mira, Nicolás Expósito... —comenzó a decir Cohen. Y luego, con todo y su casi metro noventa, se desmayó.

* * *

—¿Y Cohen? —preguntó Victoria, con ansiedad.

—Acaba de llamarme. No va a venir en toda la semana —respondió Vázquez.

Y sus palabras, dichas en un tono no demasiado alto, bastaron para que todos los que estaban en la oficina (más de veinte empleados), callaran, sorprendidos.

—¿No va a venir? —se extrañó López—. Es la primera vez que falta en todos estos años.

Los demás empleados coincidieron de inmediato, apurándose a contar sus distintas anécdotas acerca del jefe y su record impecable de trabajo.

—¿Le pasó algo? —se preocupó la muchacha.

—Me dijo algo así como que tenía algún problema con algo que estaba construyendo, y que iba a tener que... Todas medias palabras, como las que Cohen usa siempre.

—Entiendo —contestó Victoria.

Y de verdad entendía. Aunque prefería no hacerlo.

—No se ilusionen...—anunció Suárez desde su escritorio—. Ya tengo tres correos del jefe en mi ordenador... Lo que sea que está haciendo, le permite, sin embargo, seguir marcándonos el paso, aún a larga distancia.

Luego de algunos comentarios, todos volvieron a lo suyo. Victoria, ilusionada, abrió su terminal. También ella tenía varios correos de Cohen. Y otras tantas tareas para realizar. Después de todo, como su jefe se lo había indicado, tenía todo el derecho del mundo a desesperarse, siempre y cuando no lo hiciera en horario de oficina.

* * *

—Siéntense, por favor.

Luego de una semana repleta de dudas y sinsabores, finalmente el momento había llegado para ellos. Vanina, Victoria y Nicolás, se tomaban de las manos, anhelantes.

—Sé que esta es una ocasión muy importante para ustedes. Muchos se sientan aquí para escuchar el resultado esperado, y terminan recibiendo alguna sorpresa ingrata. Nosotros, en caso de que ustedes lo necesitaran, podríamos contactarlos con alguna ayuda terapéutica...

—Por favor... —lo interrumpió Nicolás—. Estamos preparados para todo.

—Entonces... Tengo entendido que los tres creen tener vínculos sanguíneos, pero lamento informarles que no es así. Uno de ustedes no tiene nada que ver con los otros dos...

—¡Lo sabía! —gritó Vanina, y luego se dirigió a Nicolás— ¡Te dije que no eras pariente!

—¡No!... —se apuró a corregir el médico que estaba brindando el informe—. Él es medio hermano de una de ustedes...

—Entonces se trata de mi... ¡Ramona es mi única madre! —exclamó Victoria, aliviada—. ¡El parecido con Margarita es sólo una casualidad!

—¿Usted es Victoria Rojas, no?

—Sí.

—En efecto. No hay vínculo sanguíneo entre usted y ellos dos.

—Hubiera jurado...—comenzó a decir Nicolás.

—Entonces, ¿de verdad tú eres mi hermano?— preguntó Vanina, incrédula.

—Lo que no entiendo, es por qué Aldo Ferrari no tuvo el valor para reconocerte —dijo apenada Victoria, que, a fuerza de tratar de amar a aquel hombre, se había forjado una imagen idealizada de él— Sabiendo que era tu padre...

—Creo que no han entendido...—comenzó a explicar el confundido doctor, refiriéndose a Vanina y a Nicolás— Ustedes ...no tienen el mismo padre, sino la misma madre.

—¡Eso es imposible! —gritaron los tres.

—Mercedes me odió desde el mismo día en que llegué a su casa...—aclaró el afligido muchacho.

—Discúlpeme, pero no hay duda al respecto. La señorita Victoria Rojas no tiene padre o madre en común, en cambio el señor Nicolás Expósito, y la señorita Vanina Ferrari tienen la misma madre.

—¿Podría no ser Mercedes tu madre? —preguntó Nicolás, confundido, a su nueva hermana.

—A mi me parió, de eso estoy segura...—aclaró Vanina, que ya estaba un poco perdida en medio de tanto parentesco— Pero has visto como es ella. ¡Se ha acostado

con toda la nación!... —Y después comenzó a reflexionar—: Así que Nicolás es mi hermano, y tú, Victoria, no eres nada mío... ¿Entonces significa que vamos a perder la casa y los campos? —se alarmó.

—Ahora no puedo hacer nada para evitarlo —explicó Victoria, apenada.

—¡Pero algo tenemos que hacer! ¡Perder esas propiedades sería la ruina para nosotras!... Podríamos volver a mentir. ¡Decir que el estudio dio positivo!

—¡No con mi firma, señorita! —se ofendió el doctor.

—Y si mi madre es Mercedes... —continuaba preguntándose Nicolás, ajeno a la conversación—, ¿quién es mi padre?

Parecía realmente lastimado. Había penado toda su vida por un padre que lo había amado, sin reconocerlo, y ahora tenía que lidiar con una madre que lo había odiado desde su nacimiento, a pesar de haber convivido con él. ¡Muy difícil!

Vanina salió de allí, dispuesta a dar las peores noticias a su familia. ¡Todo iba a perderse!

Nicolás se fue convencido de que ya todo se había perdido en su vida personal.

La única que se sentía liberada era Victoria.

Aunque aquella foto...

* * *

Agustina, la secretaria del Doctor Uriburu, miró a Victoria sin esforzarse por ocultar su desagrado.

—¿Ya llegó? —le preguntó Nicolás, ignorando sus sentimientos.

—Está encerrado allí desde hace una hora.

—¿Se sabe algo?...

—Le pregunté, pero no me ha dicho nada.

Luego el muchacho se dirigió a Victoria. —No creo que sea el momento para...—intentó decir.

Pero ella no se dejó intimidar: —Alguna vez tiene que serlo. Únicamente él sabe todo acerca de ti, y tienes el derecho de que te lo diga...

Nicolás la observó, no muy convencido, pero finalmente accedió.

—Agustina, por favor, avísale a Uriburu que voy para allí.

Comenzaron a caminar por los pasillos del estudio. A diferencia del de Cohen, aquel era antiguo e imponente. Uno de los más importantes estudios jurídicos de la ciudad.

Finalmente llegaron hasta un lujoso despacho. Nicolás volvió a dudar antes de tocar la puerta.

—Mejor lo olvido... Cuando él esté listo...

—Cuando él esté listo, quizás no estés allí para escucharlo. No entiendo esa forma retorcida que tienen los varones de manejarse con el silencio, para ocultar las cosas. Mucho mejor es hablar.

—Las mujeres hablan demasiado.

—Lo que no se dice, termina pudriéndose por dentro... ¡Vamos! —ordenó.

Y “Ojos dulces” se dejó ordenar.

Sin embargo, cuando abrieron la puerta, los dos titubearon. El viejo estaba casi sepultado en su inmenso sillón, con la vista perdida en el vacío.

—¿Y la señora Adela? —le preguntó Nicolás, al verlo.

—Acaba de morir.

Nicolás y Victoria se miraron, emocionados por aquel dolor tan profundo y real.

—Fueron cuarenta años de matrimonio —continuó diciendo el anciano, que parecía necesitar desahogarse con alguien— ...y la amé cada uno de ellos.

—Lo lamento tanto —dijo su empleado. Y no era una formalidad. Durante todo aquel tiempo de formación y trabajo duro, Nicolás había terminado estableciendo un

lazo fuerte con ese hombre impenetrable. Su dolor, de alguna manera oscura, también lo lastimaba.

—Si quiere, me hago cargo de todos los trámites —se ofreció.

—No, gracias... Hasta en eso Adela se ocupó de mí. Dejé todo listo y preparado... Era una gran mujer.

Y Nicolás se avergonzó al percibir que sus propios ojos se llenaban de lágrimas, contagiados por los de su jefe.

—Mejor nos vamos —se apuró a decirle a Victoria.

Pero el viejo doctor hizo un intento por reponerse.

—¿Qué buscabas?

—No... Nada... —balbuceó el muchacho.

El anciano lo observó, apesadumbrado, y luego notó la presencia de Victoria, que hasta entonces había permanecido callada.

—Así que tú eres la hija de Margarita y Aldo... —le dijo, sin dudar.

Y la muchacha se estremeció.

—No, no lo soy... Soy parecida, pero...

Nicolás tomó valor.

—Acabamos de hacer una prueba de ADN. Vanina, Victoria y yo... Y resulta que...

El viejo doctor empalideció.

—Finalmente te enteraste —lo interrumpió con autoridad.

Y Nicolás no quiso continuar.

Entonces el doctor Uriburu se dirigió a Victoria.

—Siéntate, muchacha. Y tú también, Nicolás... Ahora ya no tiene sentido guardar ningún secreto... —dijo.

Tomó un trago de agua, y luego comenzó a hablarle a la joven.

—Hace muchos años atrás, tu padre, Aldo Ferrari...

—No. No es mi padre. La prueba dio negativa —lo interrumpió Victoria con impaciencia.

El doctor la miró con sus ojos fríos, y luego continuó.

—Tu padre, el doctor Ferrari, conoció a una muchacha. No era una buena muchacha. Es decir, era de buena familia, pero... Al principio él estaba muy entusiasmado... En esa época éramos un poco inocentes, tú sabes. Para los demás todo era puro sexo y drogas (eran los setenta), pero nosotros éramos buenos muchachos. Yo ya llevaba algunos años de casado con Adela... Por eso las aventuras de tu padre con Mercedes, que de ella se trataba, encendían la imaginación de todos sus amigos, incluyéndome. Un día tu padre conoció a tu madre. ¡Y le bastó verla para enloquecer! Era hermosa... Igual a ti. Se enamoró de inmediato, y como no tenía ningún compromiso con Mercedes, la dejó a un lado con la misma facilidad con que

la había conquistado... Un noche ella vino al estudio para contármelo, desesperada ...

Nicolás clavó en Uriburu su mirada, incrédulo.

—Sí, muchacho, eres mi hijo... No te lo pude decir antes porque no quería lastimar a Adela. Ella no se lo merecía... No trato de justificarme, pero tu madre sabía como convencer a cualquier hombre... Y lo único que buscaba al seducirme era vengarse de Aldo...

—¡Ese no es motivo para abandonar a su propio hijo cuando más lo necesitaba! —le reprochó Victoria, sin ningún tacto.

—¡Yo no sabía de la existencia de él!... Es decir, sabía que Mercedes había quedado embarazada de mi, pero habíamos decidido de común acuerdo...

Victoria lo miró horrorizada, y Nicolás se limitó a agachar la cabeza, como si aquella vergüenza de su padre lo manchara en algo.

—¡Era joven, y estaba muy asustado!... No quería perder a Adela, que sabía que nunca me iba a perdonar semejante indiscreción... De todas formas, Dios se encargó de castigar mi soberbia. No pude tener más hijos. Adela no podía. Así que mil veces me arrepentí por haber pagado por...

—¿Y cuándo se enteró de que Nicolás estaba vivo? —se atrevió a preguntar Victoria.

—Poco tiempo antes de que Aldo lo llevara a su casa. Él lo supo revisando las actas de nacimiento de 1980, tratando de encontrarte. Un investigador privado le avisó acerca de este niño, que recibía cheques de su propia firma cada mes, para su manutención.

—¿Y Mercedes nunca le pidió dinero para el niño?... Conociéndola, me extraña que no intentara sacar ventaja – reflexionó la muchacha.

—Seguramente pensó que si yo sabía de que estaba vivo, y en vista de que no tenía hijos propios, lo iba a ir a buscar, y Aldo iba a terminar enterándose de su traición.

—¿Qué traición? –preguntó Victoria, sin entender—. ¿No me dijo que lo de ustedes fue luego de que ellos rompieron, y antes de que se casaran?

—Sí, es cierto. Pero cuando tu padre enviudó, loco de culpa y dolor, buscó alguna mujer para que pudiera servirle de madre a la hija que estaba planeando recuperar. Antes de casarse, le hizo jurar a Mercedes que no tenía hijos por allí (algo que era de esperar, dada su fama), y él mismo, sin que ella lo supiera, se hizo una vasectomía.

—¿Una vasectomía? –preguntaron Victoria y Nicolás al unísono.

—Sí. Aldo no quería que ningún otro hijo compitiera con el cariño por su pequeña, así que se operó para quedar estéril...Por eso, de entre todas, eligió a Mercedes para

proponerle casamiento. No hubiera tenido el valor para hacerle algo semejante a ninguna otra muchacha.

—Pero... ¿Y Vanina, ...y Esmeralda?...

—Las cosas entre Aldo y Mercedes iban de mal en peor. La niña no aparecía, y un divorcio era inminente. Mercedes intentó por todos los medios quedar embarazada, y así poder retenerlo. Y, evidentemente, asumiendo que su marido debía tener algún problema físico, ha buscado quién lo reemplazara. Como te dije, ella no sabía nada acerca de su operación...

—Pero, entonces las muchachas... —dijo incrédulo Nicolás.

—No son hijas de Ferrari. Por eso el ADN no coincidió... Aldo nunca le dijo nada a Mercedes. Se limitó a criar a las niñas como si fueran propias. En cuanto a ti, Victoria... Imaginaras que un hombre que tan desesperadamente intentaba encontrarte, tomó la previsión antes de morir de dejar su ADN listo. Yo lo tengo en mi caja fuerte. Y también el de Margarita, que se realizó con unos cabellos que él tenía guardados.

—¿Usted está seguro de que soy su hijo? —preguntó Nicolás, todavía incrédulo, en un hilo de voz—. No nos parecemos en nada.

—Gracias a Dios, tampoco te pareces a tu madre... Mira, muchacho: un día vino hasta aquí Aldo con la historia del hijo de Mercedes. Las fechas coincidían, así

que yo enloquecí. Fui a enfrentarla, y ella me lo confirmó. Luego no tuvo más remedio que confesárselo a Aldo. Él nunca pudo perdonarme por no haberle contado mi aventura. Por haberlo dejado casarse con aquella mujer mentirosa y traicionera. Así lo perdí como amigo. Y luego, cuando te llevaron a vivir a su casa, yo no supe que hacer. Por un lado me sentía feliz ante la perspectiva de un hijo crecido (¡eras como la confirmación de que Dios me había perdonado!), pero por otro, sabía que reconocerte significaba perder a Adela... Y yo la amaba demasiado... Aldo, en cambio, te crió como el hijo varón que hubiera querido tener. Y creo que, a mis espaldas, hasta había iniciado algún trámite con Rolón para darte el apellido. Pero cuando tú decidiste ser abogado, y no contador, a pesar de sus esfuerzos, algo cambió en su cabeza. Luego de tantos años de no hablarme, se presentó aquí contigo, y prácticamente me ordenó que me hiciera cargo de tu formación. Fue un placer hacerlo. Eres un gran muchacho...

—Pero, ¿alguna vez existió una confirmación de paternidad, más allá de la palabra de Mercedes? —insistió Nicolás.

—Me avergüenza decirlo, porque se supone que, como padre, debiera haber bastado con verte, para saber quien eras. Pero soy muy ciego y desconfiado, así que cuando hiciste el examen pre—ocupacional para entrar a trabajar aquí, mandé tu sangre a analizar junto con la mía. No hay duda. Eres mi hijo.

Un escalofrío corrió por el cuerpo de Nicolás Expósito, que seguía con aquel gesto avergonzado, tan característico.

—No temas, muchacho. No pretendo que ahora te hagas cargo de mi vejez. No sería justo. Ya que nada te di, nada te puedo reclamar... Por el contrario, pienso retirarme, e irme a vivir al campo. Voy a dejarte el estudio, la casa, todo. Y, por supuesto, voy a darte mi apellido.

Al escuchar aquellas palabras, por primera vez desde que Victoria lo conocía, un gesto arrogante animó el rostro de Nicolás.

—¡No necesito nada de usted!

—No puedo culparte por rechazar mi nombre. Pero no puedes abandonar este lugar. No estoy tan senil como para no darme cuenta que los clientes, cada vez más, prefieren discutir sus asuntos contigo. Este estudio te lo has ganado, no por herencia, sino por tu trabajo y tu capacidad. Déjame morir en paz. Permíteme saber que tanto desvelo (no sólo el mío, sino también el de tu abuelo, que no tuvo culpa de nada), no va a perderse en el olvido. Que vas a continuar con nuestra obra.

El viejo doctor dejó de hablar, expectante. Era evidente que el esfuerzo doloroso que había hecho, lo había terminado agotando. Pero también quedaba claro que Nicolás era incapaz de brindarle la respuesta que él estaba esperando con tanta ansiedad.

Por un momento, los tres se quedaron callados, con la mirada perdida en el vacío, víctimas de un pasado que los había atrapado, y de un futuro que no estaban muy seguros de poder afrontar.

Finalmente, Nicolás se puso de pie, y Victoria lo siguió.

—No voy a volver... —dijo.

Y aquel digno hombre acabado, clavó su mirada triste en él.

Entonces, agachando la cabeza como siempre hacía, y en voz muy baja, Nicolás agregó:

—... voy a tomarme el resto del día.

El muchacho asió de la mano a Victoria, y la condujo a la salida.

—Adiós —dijo ella.

—Adiós —le respondió el doctor Uriburu. Y luego a Nicolás

—Hasta mañana.

Pero cuando ya casi salían, añadió

—...hijo.

* * *

Victoria estaba temblando.

—Tome asiento, por favor.

Obediente, la joven se sentó.

—Usted dirá en que puedo ayudarla, señorita Rojas.

—Tengo aquí el ADN del doctor Aldo Ferrari, y el de la señora Margarita Carreras, los dos certificados por escribano, y quería...

—Señorita Rojas... Cada vez que alguien solicita su ADN, los resultados quedan automáticamente registrados en nuestro ordenador. Y cada vez que alguien pide una comparación, la misma se efectúa con toda nuestra base de datos. Yo mismo realicé los análisis que hoy usted me trae. Así que cuando vino por primera vez aquí, hace ya seis meses atrás, no me quedó duda alguna de que usted era la hija que Aldo tanto había buscado. Claro que como esos datos estaban amparados por el privilegio médico—paciente, sin una orden expresa, por mucho que me doliera, tenía que callar.

—¿Entonces no hay duda alguna de que...

—¡Ninguna!

Victoria sintió que de nuevo un abismo se abría ante sus pies.

¡Si al menos Cohen hubiera estado con ella!

* * *

Victoria entró al jardín de la mansión, dispuesta a darle a sus hermanas la buena noticia. Claro que para ella la noticia no era tan buena, y que Vanina y Esmeralda no eran sus hermanas, pero... Así y todo era reconfortante saber que tenía una casa, y una familia a la cual regresar.

El parque estaba desierto, y por algún motivo que desconocía, poco iluminado (¿habría finalmente comprendido Mercedes el significado de la palabra ahorro?), así que, incluso el sonido de sus propios pasos, comenzó a asustarla.

“No sé que me ocurre”, se reprochó, “no me puedo sacar de la cabeza la idea de que corro algún peligro”

Y no había terminado de pensar esto, cuando la mano de un hombre la asió con fuerza, empujándola hacia la oscuridad.

Agazapado entre las sombras, Nicolás salió a su encuentro.

—¡Victoria!

—¡Me has dado el susto de mi vida! —le reprochó la joven, tratando de recobrar el aliento—. Hace como una semana que tengo la impresión de que me siguen... ¡Y ahora me haces esto!.

—Disculpa, no fue mi intención asustarte... Pero no quiero entrar a la casa.

—Algún día tendrás que hacerlo.

—Preferiría no volver a ver nunca más a la cara a Mercedes. Pero dime tú, ¿van a tardar mucho en confirmarte si eres hija de...

—Ya lo han hecho. Soy Victoria Ferrari. Los resultados estuvieron siempre en el ordenador del laboratorio.

—Es increíble lo cerca que a veces podemos estar de aquello que más queremos, sin siquiera darnos cuenta – reflexionó para sí Nicolás. Y luego se dirigió a Victoria otra vez—. Ahora tendrás que tratar de no herir demasiado a las muchachas, cuando les digas que no son hijas de Aldo.

—No pensaba decírselos...

—¿Y tu política de no mentir?

—No estaría mintiendo... Si mi padre les dio su apellido, a pesar de saber que no llevaban su sangre, las muchachas son legal y moralmente sus hijas.

—¿Pero como vas a justificar ante Vanina el hecho de que...

—Vanina no es tan lista como para darse cuenta. Diré simplemente que hubo un nuevo análisis, y que dio positivo.

—¿Y cómo sabes que Mercedes no les ha contado ya la verdad?

—¿Mercedes? —preguntó la muchacha con sarcasmo.

—Tienes razón...

Por un momento Nicolás se quedó pensativo, y luego agregó con amargura: —Como expósito, siempre luché con la duda de no ser yo “un hijo de puta”. Ahora deberé luchar contra la certeza.

—No seas tan duro con tu madre. Sé que en algún lugar de tu corazón la amas, y que un día la podrás perdonar... Ha procedido muy mal, pero no fue sólo su culpa. Mi padre tampoco fue generoso con ella.

Por un momento permanecieron en silencio.

—¿Sabes, Victoria?... estuve pensando...

—¿Qué?

—Tú y yo... Después de todo, no somos hermanos.

—No.

Y entonces Nicolás hizo algo para lo que ella no estaba preparada. La tomó entre sus brazos con ternura, y la besó.

Fue apenas rozar sus labios, al principio, para luego acariciarla dulcemente con su boca, buscando aquella chispa que encendiera la pasión de los dos.

Pero fue inútil.

—No fue una buena idea, ¿no?

—No.

—Tú eres la mejor mujer que pueda imaginar a mi lado.

—Y tú eres, sin duda alguna, el hombre que yo elegiría, de poder hacerlo.

—Te quiero mucho.

—Yo también.

—Pero no más que a Cohen —le reprochó él.

—Te quiero con todo mi corazón, Nicolás. Pero te quiero distinto.

—Entonces acepta mi consejo. Aléjate de él. Te lo digo por tu bien.

—Tú no entiendes... Cohen es una gran persona...— comenzó a defenderlo ella.

Pero no hizo falta.

—Lo sé.

Victoria lo miró sorprendida, así que Nicolás se vió forzado a explicar:

—Antes de que partiera, Cohen y yo tuvimos ocasión de aclarar muchas cosas.

—¿Hablaron de mi? —se emocionó la muchacha.

—Hablamos de todo. Y ni Cohen cree que sea una buena idea que tú y él...

—¿Qué él y yo, qué? —se alarmó la joven.

—Que pasen demasiado tiempo juntos.

Victoria lo miró con amargura.

—¿Amas a Agustina, Nicolás?

—¿Qué tiene que ver Agustina con esto?

—¿La amas?... Porque es evidente que ella te ama a ti.

—¡Claro que no!... Ya te he dicho que...

—¿Cómo pueden ser tan ciegos los hombres? —se lamentó la muchacha— Mira, Nicolás: a pesar de lo que tú o ella digan, la estás lastimando.

—No ha sido mi intención —respondió apesadumbrado. Aunque en el fondo de su corazón sabía que lo que Victoria estaba diciendo, era verdad. Había aprovechado una situación que le resultaba cómoda, y se había convencido de que no estaba lastimando a nadie.

—¿Amaste alguna vez a una mujer, Nicolás?

—A muchas.

—¿Pero a alguna de ellas la amaste de verdad?

—No. Creo que no.

—Entonces no me juzgues.

—¡Victoria! ¡Trata de comprender! —exclamó él, mientras la sacudía con fuerza, como si intentara despertarla de un trance—. A veces nuestros mayores deseos pueden conducirnos a la ruina... Hazme caso: ¡Cohen no es para ti! Debes olvidarlo. ¡Prométemelo!

Victoria se perdió una vez más en aquella mirada dulce, del hombre en que tan ciegamente confiaba. Y sólo por él, decidió intentarlo.

* * *

Durante toda una semana Victoria se comportó como una buena niña. Volvió a hacerse cargo de la empresa, suscribió los acuerdos con los empleados estafados por su padre, hizo una donación a nombre de la familia Carreras al Hospital de Niños, llegó todas las noches a cenar a las nueve en punto, y le sonrió al novio de Esmeralda, a pesar de la impresión que le causaba el piercing que tenía en la lengua, y los tres aritos que colgaban de sus cejas. Y como buena niña, cumplió con su palabra: ni un solo día trató de comunicarse con Cohen. Lo que quería decirle, lo hacía vía e—mail, con Vázquez como intermediario. Casi podía decirse que lo había olvidado.

Casi.

Porque de noche...

De noche, en la soledad de su cuarto, otra vez aquella pasión desenfadada la consumía. ¡Lo necesitaba tanto! Pero, a la vez, estaba tan dolida y furiosa al saberlo junto a la hermosa Amanda Ruiz, que no cesaba de preguntarse: “¿la estará besando ahora?; ¿le estará haciendo el amor?”

E intentando no responderse, comenzaba a llorar hasta que el sol la sorprendía.

* * *

—Vázquez, ¿no has notado que ese mismo auto azul estaba parado afuera de la fábrica, cuando salimos de allí?

—No ando mirando el tránsito... ¿Por qué?

—Desde hace más de una semana que tengo la impresión de que alguien me vigila —se lamentó Victoria.

—¿Y por qué no contratas de nuevo al guardaespaldas? Podría tratarse de la gente de Loria.

—Me niego a vivir encerrada en el miedo... Quizás son ideas mías. Hace algunas noches que no duermo bien.

—Yo en tu lugar, tendría mucho cuidado. Eres una mujer adinerada, y aunque no fuera Loria, alguien más podría intentar secuestrarte, o algo por el estilo.

—Claro... —respondió Victoria, que era obvio que ya no lo escuchaba. Luego añadió, abstraída en sus pensamientos— ¿Supiste algo de Cohen?...

Vázquez la miró, sacudiendo la cabeza en forma negativa. ¡La muchacha no tenía remedio!

—Aunque lo supiera, Cohen me ha recomendado especialmente que...

—¿Se oculta de mi?

—Digamos que está con mucho trabajo, y no quiere que nadie lo moleste.

Victoria sintió que algo se quebraba en su interior.

—Entonces puedes decirle que se quede tranquilo. En tanto siga cumpliendo con las tareas que le encomendé, no tengo quejas —se enfurruñó.

Y luego se apuró a salir del auto, dejando atrás a Vázquez. Si iba a ser tan ridícula como para llorar por un hombre que se empeñaba en ignorarla, prefería hacerlo fuera de la vista de los demás.

* * *

La mañana estaba despejada, y un viento cálido corría por las calles atestadas, anunciando los primeros días de la primavera.

Victoria, que acababa de salir del estudio de Nicolás, se dejó llevar por un impulso, y comenzó a caminar por las hermosas calles arboladas de la avenida Alvear (una excéntrica copia de París en Buenos Aires, todo lujo y glamour, donde un pequeño bolso de cuero costaba lo mismo que un médico con experiencia ganaba en todo un mes)

Durante varias cuadras caminó arrastrada por la gente, sin detenerse. Pero al pasar por una galería de arte, no pudo evitar la tentación de entrar. Se encontraban expuestas allí toda una serie de pinturas de Soldi. Aquellos ángeles etéreos, tocando arpas y laúdes, que habían llamado su atención en casa de sus tías.

La muchacha se paró a contemplar cada una de esas obras, dejándose invadir por aquella hermosa sensación de paz, que tanto le hacía falta. Pero al acercarse al marco de la última, nuevamente se encontró con una pequeña chapa de metal que decía: “Colección Benedicto Carreras”.

—Disculpe... —preguntó a la vendedora, que al ver su aspecto se acercó complacida de ayudarla— ¿Estos cuadros están en venta?

—¡Por supuesto!... Y a muy buen precio. Puede decirse que el dueño prácticamente los está rematando.

—¿Y quién es el dueño?

—Ese es un dato privado. Nuestra misión es guardar el anonimato tanto de nuestros clientes, como de nuestros proveedores.

—¿Pero cómo sé que la obra es auténtica?

—Tenemos todos los certificados. Pertenece a la colección del embajador Carreras. Nosotros ya hemos vendido varios de sus cuadros.

Por un momento Victoria se quedó contemplando aquella obra de arte. ¿También a su abuelo le habría causado esa sensación placentera? ¿Cuántas veces habría mirado ese cuadro? ¿O simplemente lo habría comprado porque era una buena inversión, apurándose a ponerlo junto con los otros, y atesorando, en cambio, su certificado de autenticidad?...

—¿Puedo hablar con el dueño? —dijo Victoria, luego de un rato.

—La operación la puede concretar conmigo.

—Señorita, soy la única heredera de Benedicto Carreras. No voy a comprar lo que me pertenece. Por favor, llame ya mismo al dueño, porque estoy dispuesta a hacer un verdadero escándalo.

Luego de discutir varias horas con aquel hombre elegante y remilgado, Victoria obtuvo su respuesta: durante los últimos veinte años ya se habían vendido cuarenta cuadros de los doscientos que tenía la colección. Y todas

las operaciones habían sido hechas a cuenta y orden de la misma persona... ¡Cora Ferrari!

¿Quién más?

De esa forma había logrado subsistir en medio del lujo, a pesar de las restricciones monetarias de su pobre diez por ciento. Considerando que aquellas obras de arte podían venderse a un promedio de cuarenta mil dólares la pieza, y que ella liquidaba dos por año, no era una entrada extra para nada despreciable.

Ahora restaba saber cómo había hecho para apropiarse de las pinturas, y cuántas más todavía tenía en su poder.

—¿Dónde está la colección de arte de mi abuelo, Mercedes?

La inocente pregunta de Victoria, formulada con voz serena, en medio de la pacífica cena del día lunes, (a las nueve y diez de la noche, cuando ya se servía el primer plato), logró atragantar, casi hasta el ahogo, a su estúpida madrastra.

—La colección está donde tiene que estar —contestó la dama—. Son piezas delicadas, y se guardan en un depósito especial, a temperatura y humedad constantes.

—He visto los recibos del lugar... ¿Quién puede entrar allí?...

—¿Por qué estás interesada en eso?

—Porque voy a hacer un inventario. Y más vale que esté hasta la última pieza.

Por un momento la cena siguió con la misma tranquilidad con la que había empezado. El novio de Esmeralda sorbía la sopa como si se tratara de un fuelle, mientras su prometida, convencida de que había engordado unos gramos, dejaba de lado el plato humeante. Vanina jugueteaba con la cuchara, suspirando porque había peleado (¡una vez más!) con Joaquín. Pero Mercedes... Mercedes, en un descuido, primero había dejado caer la copa de vino, salpicando el mantel (para horror de Berta), y luego había sido el turno de la cuchara que estaba usando, que al caer en medio del plato de sopa, había producido una verdadera catarata que terminó empapando a su preocupado novio (preocupado por su ahora chamuscada virilidad)

—¿Qué te ocurre, Mercedes? ¿Estás nerviosa, querida? —preguntó solícito aquel hombre tan torpe como rico.

—¿Estás nerviosa, Mercedes? —repitió con suspicacia Victoria—. ¿Acaso hay algo que quieres contarme acerca de las pinturas?...

—En realidad, yo... —comenzó a decir con empuje. Pero al ver la cara de su prometido se interrumpió.

—¿Tú, Mercedes? —la animó la muchacha.

—Hace algunos años... una amiga... Sí, sí...una amiga me pidió prestado algunos cuadros... Para una obra benéfica, por supuesto, Cholito —le aclaró a su amado.

—¿Prestados? —dudó Victoria.

—Era una obra benéfica. No pude negarme.

—¿Y cuántos cuadros le habrás prestado a esa amiga?

—¡Tres!... O quizás cuatro.

—¿Y esa amiga es la tía Cora?

—¡Esa idiota no es mi amiga!

—A ver, déjame entender esto: tú has tomado por tu cuenta, y sin autorización de nadie, cuatro cuadros de la colección de mi abuelo...

El novio de Mercedes, tonto en cuestiones de amor, pero no tan tonto cuando se trataba de dinero, observó a su prometida con recelo. Así que Victoria, que no veía las horas de que el romance llegara a buen destino (y de que su madrastra se mudara), se apuró a añadir:

— ...para obras benéficas, por supuesto. Todos sabemos de tu exquisita generosidad...

—¡Claro! —le dio la razón la dama—. Todos saben que soy exquisitamente generosa... ¡Aunque nada derrochadora, Cholito!

El pobre hombre sonrió complacido.

—¿Y estás segura de que sólo fueron cuatro?

—¡Segurísima!

—Dime, Mercedes... ¿quién más podría tener acceso al depósito, aparte de mi padre y tú?

—El curador, un anciano de nuestra más absoluta confianza.

—¿Y cómo hizo la tía Cora para vender más de cuarenta cuadros?

Nuevamente Mercedes se atragantó, pero esta vez fue de indignación.

—¡Perra mal nacida! —comenzó a gritar con furia— ¡Yo sabía que estaba haciendo algún negocio a mis espaldas!... ¡Así lograba el dinero para sus amantes, y sus viajes!

—¿Pero como hacía para obtenerlos?

—Imposible que los sacara del depósito, ya te lo he dicho. Debió apoderarse de algunas obras cuando fueron mudadas de la estancia de Pilar, hasta el centro.

—¿La estancia de Pilar?

—Una estancia que era de tus abuelos, los Ferrari. Una antigua casona de campo, que había sido en un principio destinada para guardar las obras de arte. Pero como algunas de ellas se estaban deteriorando, se decidió su traslado inmediato. ¡Esa perra se debe haber quedado con algo en el camino!

—¿Y tú sabes la dirección justa de esa estancia, Mercedes?...

* * *

—Es aquí... Ya casi llegamos...

Nicolás condujo a través del sendero arbolado, cuidando de apagar las luces del auto.

Por un momento la oscuridad de la noche transportó a Victoria a otro sitio, ahora muy lejano.

—¿Has estado alguna vez en Cariló, Nicolás?

—No.

El ánimo de la muchacha había cambiado con sólo mencionar ese lugar. Y él la conocía demasiado como para no darse cuenta.

—Prometiste que no pensarías en eso —le reprochó.

—Te dije que iba a intentarlo.

Nicolás detuvo el auto.

—Ya llegamos... Te das cuenta de que esto es ilegal, por supuesto. La casa está a nombre de tus tías, y sólo de ellas. No tenemos ningún derecho a estar aquí.

—Lo sé.

El lugar parecía desierto, y algo abandonado. A pesar de un precario candado, no había más vigilancia que un perro manso, que acudió solícito a saludar a las visitas. La casa no tenía muebles, aunque sí unas cortinas roídas que impedían el paso de la luz de la luna. Con linternas comenzaron a recorrer las distintas habitaciones, con aquel animal cansado como fiel compañero. Pero al llegar a la cocina, se asustaron al ver encendido un fogón.

—¿Quién anda ahí?

Nicolás y Victoria pegaron un salto. Un hombre corpulento, con una escopeta, los estaba amenazando.

—No hemos venido a robar —se apuró a explicar Nicolás, mientras protegía a Victoria con su cuerpo.

—Yo sé perfectamente a lo que han venido aquí —les reprochó el hombre—. Pero para eso están los hoteles. Esta es una casa respetable...

Victoria, al darse cuenta de que aquel caballero era tan bravo como su perro, se liberó de su escudo, y, adelantándose, le habló directamente.

—Yo soy Victoria Ferrari, la sobrina de la señora Cora.

—¿La hija del señor Aldo?

—Sí... Y mi tía me ha mandado aquí para retirar unas pinturas...

—¡Qué raro!... Siempre me avisa antes... —desconfió el hombre, y astutamente agregó. —Podría llamarla...

Pero Victoria, que estaba acostumbrada a negociar, no se inmutó.

—Me parece lo mejor. ¿Quiere que le diga su número, o lo sabe de memoria?

El hombre dudó por unos segundos, pero luego se dejó llevar por su intuición. Después de todo, aquella niña era igual a su difunta madre, excepto por los ojos claros que había heredado del señor Aldo.

—Vengan... Es por aquí.

Luego de atravesar algunas salas desiertas, llegaron hasta una puerta de metal. El lugar, a diferencia del resto de la casa, parecía nuevo y reluciente, y estaba cubierto por cinco candados. Con cuidado el hombre comenzó a abrirlos uno a uno, con unas llaves que llevaba atadas a su cuello. Una vez terminada la faena, y con la puerta todavía cerrada, observó a la muchacha, expectante.

—Ya está.

—Pero no está abierta —se extrañó la joven.

—¿No traje las otras llaves?

—Mi tía no me dio nada...

—Entonces tendrá que volverse a la ciudad. Sin ellas no podremos abrir...

—¡Lástima! —dijo la muchacha con inocencia.

—¡Lástima!— repitió enfurecido Nicolás, mientras se subían al auto—. Todo el viaje ha sido inútil... ¡O peor que eso!... Este hombre ya estará llamando a tu tía para informarle sobre nuestra visita. Tú no quieres hacer la denuncia policial, para no empañar el nombre de la familia. Así que nada va a impedir que para mañana Cora se haya llevado todo a otro sitio...

—No me importa perder los cuadros...—comenzó a decir la muchacha. Pero al mirar por la ventanilla, de inmediato se detuvo—. Frena, Nicolás... Mira, allí hay un galpón...

—¿Y para qué nos sirve?... Ya sabemos adonde están guardados las pinturas...

—Mira los candados que hay allí... ¿Para qué poner tantos, en un galpón miserable?

—Parecen herrumbrados... Podría abrirlos en pocos minutos... Pero ese sería un delito aún mayor que el que acabamos de cometer, y no quiero terminar mis días en la cárcel... —dijo el muchacho, mientras arrancaba el auto, rumbo a la salida.

La noche estaba serena. El silencio pronto volvió a ser completo, hasta que unos pasos leves lo interrumpieron. Por el camino estaba ahora llegando el perro del cuidador. El pobre animal tenía, junto al viejo galpón, una manta que usaba para dormir. Así que, luego de tratar de liberarse de

alguna molesta pulga, se echó en ella, sin esperar más de aquel largo día. Sin embargo, no tardó mucho en volverse a levantar. Los simpáticos señores que había visto un rato antes, estaban de regreso.

—No sé como me he dejado convencer...—protestaba Nicolás—. ¿Qué podremos encontrar aquí?...

—Lo que sea que mis tías protejan con tanto esmero, a mí me interesa.

Nicolás comenzó a forcejear con la cerradura.

—¿Con tanto esmero?... Hasta este miserable cuzquito podría abrir esta puerta... Mira, ya está.

En efecto, la puerta estaba abierta, dejando a la vista una gran cantidad de paja.

—Aquí está tu tesoro —le reprochó Nicolás a la muchacha.

—No quería irme a casa con la duda... —se defendió Victoria, mientras su nuevo amigo de cuatro patas aprovechaba para entrar en aquel lugar que tantas veces había husmeado desde afuera.

Ya casi habían subido nuevamente al auto, cuando algo hizo que Victoria se detuviera una vez más.

—¡Espera, Nicolás!... ¿Qué es eso contra lo que se está rascando el perro?

—¡Y a mí que me importa del maldito perro!

—Parece algo metálico... —dijo la muchacha, mientras se apuraba a ir hasta allí.

Nicolás, de mal modo, la siguió, y juntos comenzaron a quitar la paja, dejando al descubierto un lujoso auto importado.

Era un aparato magnífico, y a pesar del deterioro por el paso de los años (debía tener al menos veinte), se notaba que no había tenido gran uso. El interior se veía reluciente, y los manuales todavía conservaban el plástico original.

—¿Por qué guardaría tu tía esto aquí? —se extrañó Nicolás.

—¿Recuerdas a esa actriz que hizo lo mismo? Había traído el auto al país en forma ilegal. Y cuando comenzó la investigación, la muy ridícula se apuró a ocultarlo en un pajar, olvidando que ya toda la prensa la había fotografiado viajando en él... ¿Crees que se trate de la misma estafa?

—¿Cuántos años tendrá este auto?...

—Déjame ver los papeles que hay en la guantera... Está a nombre de Cora Ferrari, y es de diciembre de mil novecientos setenta y nueve...

—Y por el estado en que están las llantas originales, diría que no rodó más de quinientos kilómetros...

Un mal presentimiento cruzó por la mente de ambos.

—Dime, Victoria... ¿Cuándo fue el accidente de tu madre?

—En febrero de mil novecientos ochenta. Según el acta del hospital, yo habría nacido el veintidós... ¿Crees qué...

—Enfoca aquí la linterna, por favor... ¿No parece esto un golpe?...

—Y aquí en el guardabarros hay una mancha roja...

—Es tu imaginación... Veo la mancha, pero me lleva el diablo si distingo el puto color...

—¿Qué hacemos?... Podríamos llevarlo para que lo investiguen... ¿No estará la llave por aquí?...

—Sí, seguramente la ha dejado debajo del asiento, con una confesión firmada —dijo Nicolás, con sarcasmo. Y luego de calmarse, agregó— Mira, no tengo ni idea de lo que podemos hacer... Pero sé exactamente quién tiene los contactos para ayudarnos...

—¿Quién? —preguntó la muchacha.

—Alguien que juré que nunca iba a volver a llamar.

Y, resignado, Nicolás comenzó a discar el teléfono de su padre.

Después de todo, el viejo le debía una.

* * *

Victoria abrió los ojos. Necesitaba despertar y sacudirse la oscura pesadilla que había dominado su sueño.

Comenzó a vestirse con lentitud, sintiendo todavía el miedo bajo la piel. Había vuelto a las cuatro de la mañana de la estancia de sus tías en Pilar, y durante el largo trayecto realizado en soledad (Nicolás se había quedado, esperando la orden del juez de turno), no había podido evitar esa extraña sensación de peligro.

Sin tiempo para desayunar, se subió a su auto, y emprendió el camino hacia su rutina. Acomodó el espejo retrovisor..., y comenzó a temblar. Ese viejo auto azul estaba allí otra vez, como cada día de la última semana. Aceleró para despistarlo, pero fue inútil. El tránsito era intenso, y no había muchos sitios adonde huir. Entonces tomó por una vía secundaria, dispuesta a enfrentar su destino. Frenó su propio vehículo en medio de la calle, se bajó, y se quedó parada esperando a su perseguidor. En segundos pudo ver al auto azul avanzando hacia ella. Y avanzando. Y, por un instante, tuvo la extraña sensación de que no se iba a detener. Y entonces sintió el golpe, y el dolor. Estaba tirada en el piso, con mil kilos sobre su cuerpo. No podía moverse, no podía caminar, no podía huir. Y del auto azul bajó su tía Cora que, sonriendo con malicia, se limitó a decir: —¡Tonterías!

Victoria abrió los ojos. Necesitaba despertar y sacudirse la oscura pesadilla que había dominado su sueño.

Comenzó a vestirse con lentitud, sintiendo todavía el miedo bajo la piel.

Sin tiempo para desayunar, se subió a su auto, y emprendió el camino hacia su rutina. Acomodó el espejo retrovisor..., y comenzó a temblar. Ese viejo auto azul estaba allí otra vez, como cada día de la última semana. Aceleró para despistarlo, pero fue inútil. El tránsito era intenso, y no había mucho sitio para huir. Entonces esperó a que aquel auto maldito estuviera justo atrás suyo, y frenó con violencia. Las malas palabras de los demás conductores no tardaron en escucharse. La gente observaba con sorpresa a aquella bella dama que había frenado en medio de la avenida, y que ahora le estaba gritando al fulano que tenía atrás.

—¿Qué quieres de mí?! —vociferó Victoria a su perseguidor— ¿Qué mierda quieres de mí?

—Yo... Está equivocada, señorita Ferrari, yo... —comenzó a balbucear el fulano.

—¿Cómo sabes que mi nombre es Ferrari?... ¿Quién te ha mandado a seguirme?

—Nadie... Puedo jurárselo.

—¿Entonces no me muevo de aquí hasta que llegue la policía!

—No es necesario esto...

—¿Quién te ha enviado?... ¡Contesta!

El hombre la observó, dubitativo. La muchacha metía miedo, y parecía desesperada. Y él no ganaba tanto como para darse el lujo de terminar en la cárcel.

—Me envía... —comenzó a decir, al fin—, me envía Nicolás Expósito.

* * *

—No puedes entrar allí, Victoria. Nicolás no tiene tiempo para atenderte. Está en reunión...—dijo con desprecio Agustina, la secretaria de Uriburu.

Pero la joven estaba demasiado furiosa como para hacer caso a nadie. Con paso rápido se dirigió a través de un pasillo, y comenzó a abrir sistemáticamente todas las puertas. Los abogados que estaban tras ellas, la miraban sorprendidos, sin entender.

—¿Qué haces aquí, Victoria?... Ahora no puedo atenderte.

Finalmente había dado con la puerta correcta.

—No me interesa tu reunión. Me has hecho seguir, y quiero saber exactamente....

Nicolás se puso de pie, alarmado, y trató de calmarla, mientras la empujaba hacia una salita contigua.

—Disculpen, señores... Ya vuelvo —fue su pobre excusa para con los caballeros que lo acompañaban. Pero al ver la cara de la muchacha en cuestión, ninguno de los presentes se ofendió demasiado por tener que esperar. Todos alguna vez habían experimentado en carne propia el enojo de una bella mujer, y les fue fácil solidarizarse.

—¿Se puede saber por qué me has hecho seguir? —bramó la joven, ni bien Nicolás cerró la puerta.

—Pensamos que iba a ser lo mejor para ti...

—¿Pensamos?

—Cohen y yo.

—¿Te burlas de mí?

—Te suplicamos que tuvieras un guardaespaldas, y te negaste...

—¿Y qué les hizo pensar que necesitaban protegerme?

—Algo que ocurrió... Pero no tiene importancia.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Nada...

—¡Cómo que nada!... Fue algo que los hizo asustar, y quiero saber exactamente...

—Vas a hacer mucho escándalo al respecto, y ya lo tenemos casi todo resuelto.

—¿A que te refieres?

—Hace unas semanas golpearon a Cohen.

Victoria sintió que el piso se abrió bajo sus pies, y que nuevamente aquel abismo oscuro la atrapaba.

—¿Cómo está?... ¿Le han hecho daño?... Si le ha pasado algo...

—¡Ya está bien!... No es para que te angusties tanto...
—dijo con enojo Nicolás, mientras intentaba serenarla—. Sabía que te ibas a alterar si te enterabas...

—¿Por eso no fue a trabajar durante una semana?

—Se fue a Cariló para reponerse. La policía lo aconsejó, para sacarlo del medio hasta que se pudiera identificar a los culpables...

—¿Entonces, de verdad estuvo en Cariló?

—Sí. Tiene una mujer allí. Creo que tú ya lo sabías.

Sí, Victoria lo sabía. Pero no por eso dolía menos.

—Como fuera —continuó Nicolás—, ya se ha repuesto. Todo, excepto un corte profundo que tiene en la frente. Si sigue tardando en cicatrizar, con algo de suerte, podríamos cambiar la carátula de “lesiones leves”, a “lesiones graves”, y complicar un poco más al idiota de Loria.

—¿Él lo golpeó?

—Los tres matones que envió. Tardamos un poco, pero gracias a las cámaras de seguridad, ya los hemos identificado.

—¿Pero estás seguro de que es gente de Loria?

—Faltaba su firma... Los tipos entraron a la oficina de Cohen, saludando a la cámara de vigilancia. Querían dejar bien claro quienes eran, y quién los había enviado. Son profesionales. Le pegaron a tu ex jefe en los lugares más dolorosos, pero en los que sanan más rápido. Se dedican a dar “lecciones” por encargo.

—¿Y entonces Cohen y tú decidieron pagarle al del auto azul?

—Queríamos protegerte... Pero ahora estamos de verdad preocupados por ti.

—¿A qué te refieres?

—Que al principio fue simplemente una precaución, pero ahora estamos seguros de que alguien ha estado vigilando tus movimientos...

—¿Loria?

* * *

—¿Loria?

Cohen observaba a aquel hombre pequeño desde sus casi metro noventa de altura.

—¡Querido amigo! —se envalentonó el muy idiota, escudándose en las dos damas que lo acompañaban—. Veo que has recibido la visita de mis muchachos —dijo, mirando con satisfacción la frente de Samuel.

—Sí. Joe, Larry y Moe ya estuvieron allí... Por cierto, me halaga que hayas tenido que enviar a tres para dominarme. Para ti sólo me haría falta medio....

—No seamos necios, Cohen... Acabemos esto aquí. Mi mandíbula por tu frente, no es un mal negocio. Yo estoy condenado a comer caviar y mouse de chocolate por los próximos meses. Tú, en cambio...

—¿Y Victoria?

—¿Qué hay con ella?

—La estás haciendo vigilar.

Repentinamente aquel miserable se puso serio.

—Busca por otro lado, Cohen. Yo no soy tan idiota. Tú, a nadie le importas. Ella, en cambio, es la niña mimada del gobierno. Y ya he perdido demasiados amigos por su culpa.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Te lo juro por mi honor.

Cohen se abalanzó sobre él, enfurecido.

—¡Está bien!... ¡Está bien! —intentó detenerlo el tipo—
¡Que me caiga muerto si no es así!... De verdad...
Piénsalo... No me conviene.

Samuel se detuvo. Sí, no le convenía... Lo soltó.

—¿Olvidamos el asunto, entonces? —le dijo aquel hombre pequeño, mientras le extendía su mano.

—No. Todavía me debes una muy grande, y no voy a parar hasta cobrártela... —y luego añadió con intención—
... cuando menos lo esperes.

—No seas idiota, Cohen. Ya estamos grandes para andar por la vida a los golpes.

—¿Y quién te dijo que iba golpearte?

—¿No vas a hacerlo?

—No... Esta vez lo único que va a satisfacerme será destruirte.

Loria intentó ocultar su miedo tras una sonrisa sarcástica.

—No vas a poder lograrlo.

—Voy a usar tus mismas armas.

—¿A qué te refieres?

—Tipos como tú se pasan la vida cuidando sus espaldas. Ocultando todo de los ojos de sus enemigos. Así que muy poca gente está enterada de sus negocios. Sólo algún socio, o un político amigo... O la persona con la que comparten su cama... Nunca menosprecies a una mujer despechada, Loria. Sus venganzas pueden ser terribles...

Y luego le dio la espalda, y se dirigió hacia la salida del pequeño pub. Pero cuando ya había dado algunos pasos, se dio vuelta, y agregó:

—Ah, me olvidaba... Cristina te envía saludos...

Y entonces Roberto Loria comenzó a temblar.

* * *

Victoria se sumergió en aquel dulce placer. Las burbujas jugueteaban con su cuerpo desnudo, metiéndose en su sexo, acariciándolo.

Por unos segundos se abandonó en aquella sabrosa voluptuosidad.

Alargó la mano para alcanzar la nueva esencia que Berta le había dejado en el pequeño estante de vidrio cercano. La buena mujer sabía que el hidromasaje era su pequeño vicio, y ahora que eran amigas, le gustaba sorprenderla con las más exquisitas fragancias.

Victoria abrió el hermoso frasquito, y echó apenas dos gotas, que bastaron para que un suave aroma a pino inundara el ambiente.

Y sumergida allí, con el agua acariciando su cuerpo, y el olor de Cariló embriagándola, volvió a sentir aquella ausencia que le dolía tanto.

Necesitaba a Cohen...

Necesitaba su consejo, su protección, su seguridad... Pero también necesitaba que sus brazos fuertes la contuvieran, que sus piernas la apretaran una vez más contra aquel calor que la había mareado en el paseo por la playa.

¿Cómo se podía desear con tanta intensidad a un hombre que ni siquiera se había besado?

¿Cómo se podía extrañar entre las piernas un sexo que no se conocía?

Con morosidad Victoria comenzó a vestirse.

Tenía cientos de necesidades en su cuerpo. Y todas ellas se resumían en una.

Cohen.

* * *

—¿Adónde piensas ir con tu pelo mojado? —se escandalizó Mercedes al verla.

—A correr un poco —le respondió Victoria—. Estoy demasiado tensa, y eso me hará sentir mejor.

—¿A esta hora?... Falta apenas una rato para la cena.

—Haré a tiempo.

—Eso espero. No quiero que le causes una mala impresión al novio de Esmeralda.

—¿Estamos hablando del muchacho del piercing en la lengua? No parece demasiado sensible a los buenos modales. ¿Lo has oído tomar la sopa?

—¡Todo el barrio lo ha oído!... Pero no me refiero a él. Este es uno nuevo. Es hijo de un diplomático sueco... y viudo —recalcó Mercedes, para quien “Cholito” ya era historia.

—Prometo llegar a tiempo —respondió la muchacha.

Y comenzó a correr.

Ya era de noche y las calles estaban desiertas, a excepción de los guardias de seguridad que custodiaban las casas vecinas. En el silencio, Victoria podía escuchar el retumbar de sus propios pasos. Pero a las tres cuadras, tuvo la extraña sensación de que alguien la seguía.

¿Un nuevo esbirro de Nicolás?

Por las dudas, comenzó a mirar hacia atrás con discreción, sin detenerse, desviando su camino hacia las veredas más custodiadas.

Pero aquel turbador presentimiento no la abandonó. Últimamente se sentía muy insegura, y en especial desde que la policía se había llevado el auto de Cora para examinarlo. Recolectar pistas de tanta antigüedad no era

nada fácil, y los estudios se habían demorado lo suficiente como para que su tía pudiera desaparecer. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Y quizás por eso Victoria soñaba todas las noches lo mismo: que Cora la atropellaba.

Y tratando de evitar que su pesadilla se volviera realidad, al llegar a la avenida, decidió imprevisamente torcer su rumbo, doblando hacia una oscura calle lateral. Y fue tan rápido su giro, que violentamente chocó con un hombre inmenso.

Alguien que no necesitó mirar para reconocer...

Y como si se tratara de uno de sus sueños, Cohen la tenía ahora entre sus brazos.

Tardaron unos segundos en reaccionar, y luego se quedaron así, sintiéndose. Agradeciendo al destino por aquella proximidad que les estaba haciendo tanta falta.

Pero una vez más fue Samuel el primero en alejarse, y darle la espalda.

—¿No crees que es una imprudencia salir a correr a esta hora? —la reprendió, sin mirarla.

Todavía agitada, Victoria se apoyó en una pared para recobrar el aliento.

—¿Qué haces “tú” caminando por aquí? —le retrucó ella.

—Vine a ver un cliente —mintió Cohen.

Fue inútil.

—¿En el barrio Parque? —le dijo la muchacha, con suspicacia.

Pero él no le contestó.

Comenzó a caminar, y ella lo siguió mansamente.

—Creo que necesitas vigilancia, Victoria —aconsejó en tono grave.

—¿Yo?... Es a ti al que han lastimado... Por cierto, déjame ver tu cara...

Y diciendo esto la muchacha se cruzó en su camino, interrumpiéndole el paso.

Aún a pesar de la oscuridad, podía notarse una cicatriz bastante extensa, que él trataba de ocultar con un mechón de su pelo cobrizo, que caía ahora sobre su frente

Victoria estiró su mano, y con dulzura intentó volverlo a su sitio. Pero, como si le quemara aquel dulce contacto, Cohen detuvo su gesto de inmediato.

—No me toques, por favor —le dijo, reteniendo su brazo—. No empecemos de nuevo con esto.

—¿Qué quieres decir?

Cohen la soltó, abatido.

—Mira, Victoria... Tú eres una mujer hermosa, y yo..., yo soy sólo un hombre. No juegues conmigo.

—Yo no estoy jugando.

Cohen clavó su mirada oscura en ella.

—Yo tampoco —dijo él con amargura.

Y luego le dio la espalda, como si no hubiera encontrado el valor para hablarle cara a cara.

—Asesoro tus negocios, Victoria. Me gusta mucho trabajar contigo. Hacemos un buen equipo juntos. Pero...

Agachó la cabeza, entristecido.

—...eso es todo lo que puedo ofrecerte.

Parecía extenuado por el esfuerzo de haber hablado.

—¿Por qué me evitas? —le reprochó ella.

—A veces dices cosas que...

—A veces estoy confundida...—se justificó.

No, no estaba confundida.

—...pero de ninguna manera quiero que me malentiendas...—añadió después

No. Quería que él supiera exactamente cuánto lo amaba.

—Yo también creo que formamos un buen equipo de trabajo...—insistió Victoria.

Y en la vida, y en todo lo demás...

—... y creo que es una lástima no poder compartir ni siquiera una oficina —dijo al fin.

Aunque fuera sólo eso. La limosna de unas horas al día junto a él, ya que era imposible vivir con su ausencia.

Cohen la miró, aliviado.

—Sí. Yo pienso lo mismo —se alegró—. Podríamos volver a... Juntos trabajamos bien, y... La empresa se resentiría, si...

—Sí, no sería bueno para la empresa.

—No, claro que no.

Por un momento se quedaron callados, sintiéndose en el silencio. Felices por la perspectiva de recobrar aquella pequeña intimidad que el trabajo les permitía, y que hasta entonces les había alcanzado.

Juntos, pero sin tocarse, comenzaron a caminar por las calles desiertas.

Más allá, oculto en medio de las sombras, alguien los observaba con atención.

* * *

Había sido muy inocente al creer que diez días de buen sexo junto a Amanda iban a ayudarlo a recuperarse de los golpes, y también de esa pasión desesperada que sentía por Victoria. Y luego había sido más tonto aún, al pensar que

tomarse el trabajo de evitarla en la ciudad, iba a resolver, aunque fuera en parte, su problema.

La verdad era que ya no le alcanzaban ni siquiera los tres whiskys que reservaba para la soledad (además del que tomaba cuando el trabajo era insoportable), para olvidar su pena. Y así, por las noches, en vez de comer o dormir, se dedicaba a vagar sin rumbo. Y siempre, pero siempre, ese vagar errante lo conducía al mismo sitio: allí adonde sabía que estaba ella.

Por eso había aceptado de tan buen grado volver a verla. Después de todo, la había amado durante cuatro años en silencio, conformándose con ayudarla desde las sombras...

Pero una vez más se había equivocado.

Ya nada era como antes. Ahora la había rodeado entre sus brazos. Había sentido el suave movimiento de sus pechos, había acariciado con sus piernas las curvas de su culo firme... Y había escuchado en sus oídos el jadeo de su pasión. Le bastaba verla para recordar aquel dulce susurro: "Me he metido desnuda entre tus sábanas. Espero que no te moleste..."

No, no le había molestado entonces.

Pero ahora lo quemaba.

Y apenas bastaba verla entrar a la oficina para perderse en su escote, para recorrer con su imaginación cada una de sus curvas, para embriagarse con ese perfume a hembra fresca, a mujer enamorada, que le hacía ansiar tomarla

entre sus brazos y poseerla, hacerla suya, completarla. Meterse en su boca, acariciar su lengua, asaltar la intimidad de su sexo, y deleitarse en esa cálida humedad que intuía entre sus piernas.

Y cuando eso ocurría, se limitaba a tomar una carpeta, y a hablar de trabajo.

Pero bastaba que ella lo mirara de nuevo, para que su pasión se liberara una vez más, y ese loco deseo volviera a empezar.

* * *

—No, Vázquez, no te vayas...

El pobre hombre miró a su jefe, suplicante. Pero era inútil. Todo iba a empezar otra vez.

¡Vaya semanita!

—Hola Vázquez... Hola Cohen...

Victoria había entrado a la oficina. ¡Siempre lo mismo!

Ella llegaba, y Cohen comenzaba a comerla con la mirada. Y la muchacha lo dejaba hacer, con una mezcla culpable de placer y timidez. Con una voluptuosidad tan a flor de piel, que, pasados unos minutos, el pobre Vázquez se veía forzado a aflojar su corbata.

Y bastaba un leve contacto casual entre los dos, o que sus ojos se encontraran, para que aquel dulce calor arrebatara toda la oficina, y se volviera insoportable.

—¡Guau! —exclamó aquel pobre divorciado, cuando finalmente Victoria se retiró.

—¿Qué te ocurre, Vázquez?

—¡¿Qué me ocurre?!... Que ya no aguanto más. Que salgo de aquí y corro a hacer el amor con mi novia, a pesar de que hace ya varios días que quiero dejarla...

—¿Y yo que culpa tengo?

—¿Te burlas de mí?... Nunca creí que se pudiera tener un sexo tan intenso, sin siquiera tocarse. ¿Hasta cuando lo van a hacer? Porque si continúan así, y si me obligan a estar en el medio de ustedes dos, voy a terminar enloqueciendo.

—Disculpa —contestó su jefe, apesadumbrado— ...pero si estamos solos es peor.

—¿Por qué no te acuestas con ella, y listo? Es la mejor manera que conozco para olvidar a una mujer de inmediato.

—Si fuera tan fácil, Vázquez... Si fuera tan fácil...

* * *

Victoria colgó el teléfono, angustiada.

—Vázquez, ¿dónde está Cohen?

—Acaba de bajar al garaje hace unos minutos. Ya casi son las diez de la noche —le contestó, sin ocultar algo de reproche en sus palabras.

Victoria se puso de pie, y corrió hasta el ascensor vacío. Era tan tarde, que ni siquiera estaba allí el personal de limpieza.

Con impaciencia la muchacha bajó los pisos que la llevarían al segundo subsuelo.

—¡Cohen!

Samuel, a punto de subir a su auto, se detuvo a esperarla.

—¿Qué ha ocurrido? —se preocupó, al ver su agitación.

—Mi tía Roberta...

Cohen cubrió a la muchacha con sus brazos, en una actitud protectora, mientras miraba a su alrededor.

—¿Has bajado sola, Victoria? ¿Dónde está tu vigilancia?

—No sé, ni me importa.

—¿Qué te ha dicho Roberta?

—Que se encontró con Cora en un bar. Parecía desesperada, y trató de convencerla de que se declarara culpable por la muerte de mi madre. Le juró que si las dos lo hacían a la vez, y que si se mantenían firme en sus

declaraciones, iban a tener que dejarlas libres, antes de condenar a la que fuera inocente. Que de esa manera lograría quedar impune.

—¡Está loca!

—Roberta me llamó, aterrada. Cora tenía un arma, y la amenazó con matarla si no le hacía caso.

—¿Y Roberta aceptó?

—Piensa huir, y quería mi ayuda. Le dije que buscara a Nicolás.

—¡Bien hecho!... Y ahora vamos arriba. Aquí estás...

Pero no pudo acabar la frase. Un disparo retumbó en el enorme espacio vacío. Cohen se abalanzó sobre Victoria, cubriéndola con su cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Victoria lo miraba sorprendida. La joven estaba sangrando.

Sin pensar, Samuel comenzó a arrastrarla, agazapándose tras su propio auto, hasta llegar al ascensor. Cuando la puerta se cerró, sonó aún otro disparo.

Cohen marcó todos los pisos, comenzando por el veintidós, y acabando en el primero. Luego revisó la herida de ella. Apenas había rozado la piel blanca de su brazo, y ya no sangraba más. Cada vez que la puerta se abría, el volvía a cubrirla, esperando lo peor. Finalmente bajaron en

el segundo piso, y de allí la arrastró escaleras abajo, hasta la salida de servicio.

—¡Doctor Cohen!... Alguien está disparando en el garaje... —informó el guardia de seguridad, asustado. Era un pobre muchachito de unos veinticinco años, que sólo buscaba con aquel trabajo un lugar tranquilo adonde poder estudiar en las noches.

—Lo sé. Llama de inmediato a la policía... ¿Trajiste hoy tu motocicleta?

El pobre joven abrió los ojos, aterrado. Más que enfrentarse a hombres armados, temía perder aquel poderoso rodado que era su orgullo.

—Sí, pero...

No pudo decir más. Cohen ya había tomado las llaves y el casco, y se dirigía al sector de descarga de proveedores, adónde siempre veía la veloz moto estacionada.

—¿Alguna vez anduviste en una moto, Victoria?

—Nunca —respondió la muchacha.

—Entonces ponte el casco, agárrate fuerte, y disfruta...

Cohen arrancó sin perder el tiempo, mientras Victoria lo rodeaba con sus brazos.

Y pronto se perdieron en la oscuridad de la noche.

* * *

Cohen tironeaba a Victoria por los atiborrados pasillos de la estación terminal de ómnibus de larga distancia.

—¿Le has hablado a alguien de Cariló, o de la cabaña?

—Sólo a Nicolás...

—Dos pasajes, por favor.

—¿Dos, señor Cohen? —preguntó la jovencita extrañada.

—Dos —le respondió. Y luego se dirigió a Victoria—. No pienso dejarte sola hasta que encuentren a esa maniática.

Sonó el celular de Cohen, y él se apuró a atenderlo.

—Sí, ya lo sé —gritó al aparato—. Tu puta seguridad no ha servido de nada... Claro que está herida, pero es apenas un raspón... ¡A la mierda la llevo!... A cualquier lado lejos de aquí... Sí, espero tu llamada.

—Señor Cohen... El bus está a punto de salir... Y es el último hasta mañana.

Comenzaron a correr hasta aquel micro inmenso, de dos pisos.

Cohen dejó pasar a Victoria, hacia la ventanilla, pero luego se arrepintió.

—Mejor vas del lado del pasillo. Es más seguro.

Las luces de la ciudad iluminaron la penumbra del interior del bus. Era casi de madrugada, y muchos aprovechaban el viaje para dormir.

A los pocos kilómetros ya sólo podía verse la oscuridad del campo cerrado, y uno que otro auto circulando por la autopista.

Samuel y Victoria callaban.

—¿Por qué antes era todo tan fácil? —se lamentó finalmente la muchacha.

—¿A qué te refieres?

—Vivía rodeada de gente que creía conocer. Mi madre era mi madre, y era incapaz de hacer algo malo. Guillermo era mi novio, y me amaba. Y tú... Pero ahora todo es confuso. Y por más que me empeñe, no puedo perdonar a Ramona por haberme ocultado mi identidad, y siento que, de alguna manera, las culpas de mi padre me salpican. Aldo Ferrari hizo todo mal...

Cohen se enojó.

—¿Quién eres tú para juzgarlo?... Eso es lo malo de los cristianos. Creen que el ir a la Iglesia los pone un escalón arriba de los demás. A la derecha los buenos, a la izquierda los malos... La vida no es así, Victoria. Los hombres no somos así. Nadie se levanta un día diciendo “voy a conquistar al mundo”. Nadie piensa que va a destruir a

miles de judíos, o que va a torturar a una inocente muchacha de diecinueve años, que está embarazada. La gente no comete grandes maldades. Sólo se trata de pequeños pecados. Faltas mínimas, producto de nuestro egoísmo, o nuestra ceguera... Y esas pequeñas culpas, todas unidas, pueden llegar a ocasionar el más espantoso de los males...

Cohen calló un instante, y luego continuó.

—Sé que Amanda te ha contado que soy hijo de desaparecidos. Creí enloquecer cuando me enteré. Y comencé a odiar al hombre que me había criado. Lo culpaba por ocultarme mi verdadera identidad. Y odiando a los padres que conocía, y no pudiendo amar a los que me habían dado la vida, pensé que lo único que podía hacer era vengarme. Y comencé a sentir odio, Victoria, mucho odio. Y empecé a entrenarme para matar. Y entonces, un día, por un azar del destino, me enfrenté cara a cara con el tipo que había torturado a mi madre. Creía que iba a ver un monstruo, y era, en cambio, un pobre miserable que iba a Misa los sábados, comía con la familia los domingos, y lastimaba y torturaba durante los días de semana. Un infeliz que quería quedar bien con su jefe, y hacer carrera para reconquistar a su mujer, que lo traicionaba con un general, cuando él estaba ausente. Apenas se acordaba de la muchacha que había pasado por sus manos. Recordaba sus gritos, que solía tapar con la radio. Y cuando el cuello de ese fulano estuvo entre mis manos, me di cuenta de que él era una simple rueda en un engranaje mayor. Y lo solté.

Porque era un pobre tipo, y porque no era el verdadero culpable. Así que fui en busca de su jefe. El que daba las órdenes. El cobarde que ni siquiera tenía que escuchar los gritos de una muchacha asustada. Y lo encontré. Luego de muchos meses, lo encontré. Estaba en Tucumán. Era un general del ejército, retirado, que había combatido contra la guerra de guerrillas en su provincia. Recuerdo perfectamente aquel día. Recuerdo haber guardado con cuidado el arma (oculta, pero preparada), y haberme mirado al espejo. “Esta es la cara de un hombre que está dispuesto a matar a otro”, me dije. Y entonces esperé a que aquel miserable se encontrara solo, y entré a su propia casa. Durante unos minutos aguardé en una sala, oculto tras unas cortinas. No parecía la casa de un asesino. Había fotos familiares, libros... Vida. Y cuando él llegó, siendo yo mucho más joven y fuerte, lo tomé del cuello con facilidad, y apoyé el revólver en su sien. No se asustó. Por el contrario. Era como si me hubiera estado esperando. “Soy el hijo de una de tantas que mandaste a matar”, le dije. A lo que él respondió: “Entonces eres el hijo de una puta terrorista”. Sentí tanto odio, que lo solté. Quería matarlo frente a frente, y con mis propias manos. Ver su cara de miedo cuando moría. Pero él, con tranquilidad, también me enfrentó. “No me arrepiento de nada”, me dijo. “He hecho lo que mi deber me ordenaba. He defendido mi patria. Y he vengado la muerte de mi hermano”. Yo creí enloquecer. Tiré el arma, y nos trabamos en lucha. Y cuando lo tuve a mi merced, empezó a hablar. Empezó a contarme acerca de los muchachos de mi edad que habían muerto a manos de

los guerrilleros, en el gobierno democrático anterior a la dictadura. Y de cómo la mejor amiga de su sobrina, de apenas quince años, no había dudado en colocar una bomba en la casa familiar que tantas veces la había acogido con cariño. Habían muerto su hermano, y tres de sus sobrinos... “Y ahora mátame, pero moriré con honor”, me dijo cuando terminó con su historia. Y entonces pude reconocer en su rostro la misma cara que había visto en el espejo aquella mañana. Mi propia cara. La de un hombre dispuesto a asesinar a otro por odio. No por maldad, sino en defensa de una verdad incompleta. Con la misma soberbia que yo tenía, de creer a la causa propia, como la única justa... Y me fui. Sin poder matarlo... Y lo que era peor, sin poder odiarlo... ¿Sabes?, mi revolver había quedado en el piso. Y mientras le daba espalda, rogué a Dios para que él lo tomara, y acabara con mi vida. Pero no lo hizo...

“No, Victoria, no. Todos somos iguales. Y el mismo monstruo que viola y mata a un niño, no es más que aquella víctima inocente de la violencia sufrida en su infancia... ¿Quién podría juzgarlo?... Todos cometemos sólo pequeños pecados, Victoria... ¿Sabes? La historia de mi madre figura en un libro que se llama “Nunca más”... ¡Nunca más!... Se suponía que no debíamos dejar que aquello volviera a ocurrir. Y, sin embargo, ocurre cada día que un argentino es torturado por el hambre, o que muere, víctima de la inseguridad que incuba la miseria. Pero a nosotros no nos importa. Como durante la dictadura, miramos para otro lado... A veces me pregunto, ¿si yo hubiera vivido entonces, asediado por las bombas de los extremistas, qué

hubiera hecho? ¿De qué lado hubiera estado? ¿Fue toda una sociedad tan necia, o simplemente la gente común estaba ocupada en sobrevivir? Como lo está ahora. Como lo estoy yo...

“Una sola cosa he aprendido de todo esto. No hay causa, por más valiosa que sea, que justifique la violencia. Y no hay memoria que valga la pena si no es completa, y si no nos ayuda a que las cosas malas no ocurran nunca más... Nada ni nadie me va a devolver la vida de mis verdaderos padres. Pero nada ni nadie va a borrar de mi mente el amor con que me criaron los Cárdenas. No conozco las razones de Dios para permitir tanto dolor, pero te puedo asegurar que nunca es culpa de otros..., si no de nuestros propios pequeños pecados...

Por un momento, volvió a callar. Pero luego se revolvió en su asiento, y dijo —Me muero por un buen whisky...

—¿Por qué tomas, Samuel?

—¿Por qué no hacerlo?

—Amanda dice que...

—Amanda cree que me he estrellado en un auto a doscientos kilómetros por hora porque estaba borracho, y lo que ella no quiere entender es que estaba borracho, para poder estrellarme con el auto a doscientos kilómetros por hora.

Victoria lo miró aterrada, pero Cohen le devolvió un gesto de soberbia.

—¿Te asusta quién soy, Victoria?... Ahora, al fin, deberás confesar que no me conocías... No soy ese ángel protector que siempre sale en tu defensa, sino este tipo oscuro, luchando con una vida que ya hace rato dejó de importarle.

—Cohen, yo... —comenzó a decir la muchacha, conmovida. Pero él no la dejó terminar.

—No, por favor... Me hace mal la lástima. No te lo he contado para que te lamente por mi, sino para que no lo hagas por ti misma. ¡No vale la pena!... Y ahora es mejor que intentemos dormir. Es probable que mañana sea un día muy largo...

Diciendo esto, comenzó a tocarla con dulzura, como si fuera una niñita a la que trataba de calmar.

Ella se dejó acariciar, mansamente. Y juntos, una vez más, compartieron el silencio.

* * *

Finalmente Victoria se había dormido. Cohen acomodó su cabeza sobre su propio pecho, para poder sostenerla, y evitar que se golpeará con el vaivén.

Era tan placentero sentirla así. Dejarse acariciar por su respiración pausada.

El chofer hizo una frenada brusca, y, todavía dormida, Victoria se acomodó.

Ahora su boca estaba tan cerca... Que Samuel no pudo contenerse, y la rozó con dulzura.

Y luego volvió a mirarla.

¡Si tuviera algún derecho de amar a esa mujer!

* * *

Ya casi estaba amaneciendo. La “cuatro por cuatro” estaba estacionada en una calle lateral de la terminal de autobuses de Pinamar, esperando por su dueño. Y una vez adentro de ella, en la soledad de su interior, todo aquel fuego que Cohen había intentado tan desesperadamente apagar, volvió a arder.

Desde el sitio del acompañante, ella lo observaba conducir. Y él no necesitaba verla para sentir su mirada.

No tardaron mucho en hacer los pocos kilómetros que los separaba de Cariló. Pero, por seguridad, Samuel estacionó la camioneta en uno de los lugares del apart hotel vecino. Tampoco se apuró a abrir los postigones del frente, de forma tal que la cabaña mantuviera aquel aspecto de deshabitada que tenía durante la semana.

Fue todo cuestión de entrar a la casa para que Victoria volviera a experimentar esa sensación de felicidad que la había embargado la primera vez que había estado allí. Pero le bastó ver que Cohen sacaba un arma, reluciente y bien cuidada, y que comenzaba a manipularla, para que ese grato sentimiento desapareciera de inmediato.

—¿Qué haces? —le preguntó espantada—. No necesitas eso.

—Sé como usarla. Y no voy a dudar en hacerlo si alguien quiere lastimarte.

—¿Para qué guardas un arma aquí?

Cohen clavó en ella esa mirada turbia que tanto la asustaba.

—¿Quieres que te enseñe a usarla? —le dijo él, tratando de espantar aún más a la muchacha.

Pero ella se dio cuenta de inmediato lo que estaba buscando, y decidió no entrar en su juego. Era un chico malo, de acuerdo, ya lo había entendido... Pero igual no podía dejar de amarlo. Y eso era algo que Cohen también iba a tener que entender. No era posible para ella elegir de quien enamorarse. De haber podido hacerlo, lo hubiera hecho de Nicolás, sin duda alguna. Pero amaba a Cohen con todo su corazón, y toda su amargura y fiereza, lejos de espantarla, la conmovían, haciendo crecer adentro suyo la oscura necesidad de protegerlo, incluso de sí mismo.

—Quizás después... —concedió Victoria, tratando de parecer sincera.

Y esa respuesta inesperada descolocó a Samuel, que se quedó pensativo.

—¿Vas a quedarte conmigo, o me vas a dejar sola, como la última vez?

—Voy a quedarme aquí abajo, vigilando. Al menos hasta que reciba una respuesta de Nicolás.

—¿Y el estudio?

—Al diablo con él...

—No quisiera que por mi culpa...

—Te facturaré las horas que pierda... ¿Contenta?

Cohen depositó el arma sobre la mesa que estaba frente a la chimenea, y se tiró en uno de los sillones blancos. Todavía llevaba uno de aquellos trajes inmensos que usaba para trabajar, y se lo veía incómodo.

—¿Por qué no te cambias? —dijo Victoria, que lo observaba desde uno de los escalones que llevaban a la planta superior.

—Ya te dije... Estoy vigilando.

—Tendrías que bañarte con la puerta abierta, y con el arma cerca, así, si alguien me atacara, podrías salir a los tiros, y, a la vez, dar un buen espectáculo.

—¿Te burlas de mi?

—Me parece ridículo que estés incómodo. No creo que corra demasiado peligro si tú...

—No creías correr peligro antes, y mira como hemos terminado.

—Soy un poco necia, lo admito.

—¿Un poco?... Eres totalmente autodestructiva... Te gusta jugar con el peligro. Sales a correr sola en medio de la noche, y...

—Me enamoro del hombre equivocado.

—También —dijo él, con enojo.

—¿Qué sientes por Amanda?

Cohen la miró con recelo antes de contestar.

—Me siento muy bien cuando estoy con ella.

—¿Esa es tu definición de “estar enamorado”?

Por un momento Samuel sucumbió ante aquellos ojos celestes. No, estar enamorado no era sólo sentirse bien con alguien. Era mucho más. Era esa necesidad fuerte que el tenía de Victoria, esa locura que lo hacía abandonar todo por ella, esa certeza de volverse una mejor persona cuando estaba a su lado.

—Sí —mintió.

—Amanda también te ama. Me lo dijo... ¿Piensas casarte con ella?

—¿Podemos cambiar de tema?

—¿Te molesta hablar de la persona a la que amas?

—Me molesta hablar. Prefiero dormir.

—Arriba tienes una cama.

—No pienso subir.

El sol de la mañana se colaba por el ventanal que daba al bosque, y un rayo pegaba justo en la frente de Samuel, iluminando su rostro. Su pelo brillaba con miles de reflejos cobrizos, y su barba ya no parecía tan amenazante. Tenía el aspecto de un muchachito enojado, esperando por el beso tierno que lo hiciera entrar en razón. Victoria no pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué te parece tan divertido? —se ofendió.

—Tú... ¿Siempre quisiste salvar el mundo, o fue una vocación que despertó alguna revista de tu infancia? ¿Te queda muy en claro que no hay súper héroes judíos, verdad?

—¿Sabes, Victoria?... Te prefería cuando me tenías miedo.

—No te preocupes, Samuel. Todavía me asustas.

Por un momento volvieron a mirarse con esa intensidad que estaban evitando. Pero esta vez fue Victoria la primera en claudicar.

—Voy a bañarme —dijo.

Y comenzó a subir la escalera con lentitud.

Desde abajo, avasallado de inmediato por aquel deseo que no tardaba ni un segundo en encenderse, ante la menor chispa, Samuel siguió con suma atención el andar moroso y sensual de la muchacha. Y entonces su maldito sexo, como siempre, volvió a reclamar.

* * *

—¿No ha llamado, todavía?

Victoria estaba bajando, con el cabello apenas húmedo. A falta de otra, llevaba la misma ropa con la que había llegado, aunque ahora tenía abierto un botón más de la camisa (él, que era incapaz de recordar si Amanda vestía un pantalón o una túnica antes de hacer el amor, notó de inmediato, en cambio, ese pequeño detalle). La falda corta que llevaba puesta se mecía con cada escalón. Y Cohen ya empezaba a enloquecer.

—¡Cohen!... —insistió, tratando de sacarlo de aquella especie de trance en que se encontraba sumergido—. ¿No ha llamado, todavía?

—¿Eh? ¡No!... He llamado yo... Dice que aún no tienen noticias. Quien haya disparado sabía exactamente la ubicación de las cámaras de seguridad.

—¿Crees que fue tía Cora?

—Tenía toda la oportunidad del mundo para no fallar, y sin embargo, erró el tiro. Por fortuna no era un profesional, así que bien podría tratarse de ella.

Por un momento se quedaron en silencio. Cohen estaba echado en el sofá, pero ahora tenía un jean y una camisa (la misma que Victoria había usado para dormir en su visita anterior).

La joven se sentó en el sillón que estaba frente al de él.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, obediente.

—Esperar... Si en la Capital logran alguna pista de la persona que te quiere lastimar, será más fácil protegerte.

Victoria se sacó los zapatos de tacón que llevaba (las medias habían desaparecido luego del baño), y se echó en el sofá, en la misma posición que tenía él, enfrentándolo.

—¿Qué haces? —le preguntó Cohen horrorizado, como si ella hubiera comenzado a desvestirse ante él.

—Esperar... ¿Qué otra cosa?

Samuel se sentó de inmediato.

—¿No querías dormir? —le preguntó ella.

—Hay demasiada luz aquí.

También Victoria se sentó, pero luego comenzó a deambular por el cuarto, para desesperación de su compañero, que, a pesar de todos sus esfuerzos, invariablemente terminaba perdiéndose en aquella dulce sensualidad de sus movimientos.

—¿Estás bien, Cohen?... Pareces acalorado.

—Sí... De verdad hace mucho calor aquí.

—Dime... Cuando se reúnen los fines de semana, ¿Amanda viene aquí o tú...

—¡No quiero hablar de eso contigo! —la interrumpió, con una cierta violencia—. En realidad, no quiero hablar en absoluto.

Enojado, se cruzó de brazos.

Victoria se sentó de nuevo frente a él. (Y aquella maldita falda se levantó ligeramente cuando ella lo hizo, volviéndolo un poco más loco todavía)

Por un rato se quedó callada, contemplándolo, pero luego comenzó a hablar en tono distendido:

—Espero que esa camisa que llevas puesta no sea una de tus favoritas... Doña Lidia me la prestó en mi visita

anterior, y la usé para dormir... ¡Qué tonta!... ¡Pero si me viste cuando la tenía puesta!...

Samuel no pudo soportar más, y estalló. Se levantó de un golpe, y la tomó con fuerza entre sus brazos.

—Escucha, muchachita tonta, te lo dije, y te lo repito: no juegues conmigo, porque soy un hombre. ¿Quieres enloquecerme?... ¿Quieres que te haga el amor aquí mismo?... Pero después no te quejes si no vuelvo a llamarte... Porque una cosa es estar caliente por una mujer, y otra muy distinta es amarla...

Con la misma violencia con que la había asido, la soltó de inmediato, y salió de la casa rumbo al bosque. ¡Tenía que calmarse!

Victoria se quedó sola en medio de la sala, tratando de razonar.

Cohen estaba en lo cierto. Por mucho que le doliera, él no la amaba. ¿Para qué insistir?...

Para que se metiera adentro suyo, para que la recorriera con sus manos, para que le hiciera sentir toda aquella pasión que sólo él parecía capaz de despertar en ella...

¿Qué le estaba pasando?... Caminaba al borde de un abismo, y lo único que sentía era esa extraña necesidad de saltar.

Para cuando Cohen regresó, ella ya había subido al cuarto de huéspedes. Y allí se quedó por el resto del día.

* * *

A las ocho de la noche, fue Cohen el que golpeó a su puerta.

—Victoria... No has comido nada —le dijo—. ¿No tienes hambre?

—No... Estoy bien —respondió, tratando de disimular sus lágrimas.

El cuarto ya estaba en penumbras, y ella, sentada en la cama, observaba la luna que brillaba en el exterior.

—Pues creo que tienes que comer algo... Tengo frutas frescas, y una sopa instantánea...

—No, gracias —contestó, sin aproximarse a la puerta.

—Mira Victoria, no he querido ofenderte... Pero me importas demasiado como para lastimarte... Y yo me conozco... No eres tú el problema, soy yo... Es que... me gusta cualquier mujer...

La había embarrado.

—No digo que tú seas cualquier mujer —trató de arreglarla—, sino que tú me gustas.

¡Peor!

—¡No!... Quiero decir...

—No tengo hambre, Samuel. Gracias.

Al menos lo había llamado Samuel. Eso era bueno... Quizás, incluso, algún día lograra perdonarlo.

Por unos minutos se quedó detrás de la puerta. No podía irse de allí.

Y cuando ya habían pasado más de diez, sintió un ruido leve en el interior del cuarto que lo conmocionó.

—¿Estás llorando, Victoria?

—¿No te has ido todavía? —preguntó con enojo.

—No... ¿Estás llorando?

—¡Qué te importa, Samuel Cohen!

—Es ridículo que llores por mi.

—No estoy llorando por ti.

—¿Y entonces por quién?

—Por mi... Me siento muy sola...

Cohen sintió que su corazón se partía en mil pedazos. No podía soportar que ella sufriera. Nunca había podido. Desde el primer día en que la había visto en la sedería de su

tío. “Demasiado linda para trabajar en un estudio contable. Va a distraerme”, pensó de inmediato. Pero no había tenido valor para decirle que no la contrataba. O cuando la había visto llorar luego de una asamblea de accionistas. O cuando se echó entre sus brazos al enterarse de que Ramona tenía cáncer. O cuando se quedó sola en el cementerio... Nunca había soportado que ella sufriera. Y ahora era por su culpa.

En silencio giró la perilla de la puerta, y, entrando al cuarto, se sentó a su lado.

—¿Qué haces aquí, Cohen?

—Nunca vas a estar sola, Victoria... Yo siempre voy a estar a tu lado. Te lo juro. No como hombre, pero...

Miró sus ojos celestes, nublados por las lágrimas, y sintió que se le estrujaba el alma.

—Siempre te voy a proteger, Victoria... Porque no tiene otro sentido mi vida... Yo... Yo...

Y entonces se hundió en aquella mirada triste.

Y perdió la razón.

—Te amo tanto, Victoria... Te amo desde el primer día en que te vi, en la sedería de mi tío. Te amo con toda el alma, porque me es imposible no amarte... Porque me muero por tenerte entre mis brazos, y yo...

Entonces comenzó a besarla, porque ya no podía pensar más. Ya no había razones ni culpas... Ya no había diferencias. Sólo esa loca necesidad de meterse en ella, de

completarla. De acariciarle el alma, recorriendo su cuerpo...

—Te quiero, Samuel...

Y solamente esas palabras pudieron despertarlo.

Tomó distancia, y luego se alejó por completo.

Todavía sumergida en la pasión, Victoria lo miró, confundida.

—Yo no te convengo, Victoria. Lo lamento, pero no soy el hombre que te mereces...

—A mi no me importa... —comenzó a decir.

Pero él no la dejó terminar.

—A mi sí. Y esa es mi última palabra.

Y diciendo esto, volvió a dejarla sola. Más sola de lo que nunca pensó que pudiera estar.

* * *

Samuel estaba en la sala, parado cerca de la chimenea, con la cabeza agachada.

Una vez más se había fallado a sí mismo. Una vez más se había dejado arrastrar por sus estúpidos sentimientos. Y él sabía por experiencia que nada bueno podía resultar de eso.

—Cohen...

La voz de Victoria lo sorprendió (¿lo sorprendió?).

—No tendría que haberte traído... Fue un error... Incluso la primera vez fue un error... —dijo, dándole la espalda.

Y entonces, un ruido leve lo hizo girar, alerta. Y de inmediato cubrió a Victoria con su cuerpo. Desde la sala que daba al bosque, Cora Ferrari los apuntaba con un arma.

—¿Creíste que no iba a encontrarla aquí? —comenzó a decir, con su aspecto enloquecido—. Lo sé todo de ti, estúpido Samuel Cohen... O Jorge Cárdenas, como quieras llamarte... Te hice seguir antes de ofrecerte la dirección de la empresa. Quería saber cuales eran tus fallas, algo que me permitiera dominarte... ¡Y tú eres un fulano con mucho que ocultar!... Claro que a veces las cosas no funcionan así... Por ejemplo, creí que iba a dominar a la estúpida de Victoria con facilidad. Una buena muchacha, una chica de Iglesia... ¡Tonterías!. Tiene el mismo carácter que la puta de su madre... No quise matarla, pero la perra se lo merecía... Se cruzó en mi camino, con esa barriga inmensa, y... No hay derecho a hacer lo que me hiciste, Victoria. Si no fuera por mí, todavía estarías en aquella sucia pensión...

—Deja el arma, Cora... —trató de persuadirla Cohen, con voz calmada—. No compliques más las cosas... Lo de Margarita fue un accidente... Nadie podrá probar lo contrario. En cambio si lastimas a alguien ahora...

—¿Un accidente?... No te esfuerces, ya he hablado con Rolón... No tengo edad ni paciencia como para ir a la cárcel... Como ocurre contigo, Cohen, no se vivir sin un buen escocés que me acompañe. Prefiero que antes alguien me mate... ¡Y de paso llevarme a esa perra conmigo!

Cohen tiró a Victoria al suelo, y rápidamente logró tomar el arma que estaba en la mesa de café, frente a la chimenea. Y con igual rapidez le disparó a Cora.

El tiro fue certero, y Cora Ferrari, herida en su hombro, dejó caer el revolver que había llevado.

—Ya no va a poder herirte —trató Cohen de tranquilizar a Victoria, que lo sostenía entre sus brazos.

Observó la cara de horror de la muchacha, y siguió su mirada. Un borbotón de sangre tan roja como su barba fluía de su costado.

“Qué curioso...”, llegó a pensar, “no he sentido nada”.

Y ya no pudo pensar más.

* * *

Los afilados tacones de Amanda Ruiz resonaron por los pasillos miserables y desiertos, hasta llegar a la sala de espera mal iluminada y sucia. Allí estaba Victoria, manchada de la sangre del hombre que amaba, llorando en los brazos de otro, que trataba de consolarla.

Amanda se paró frente a ella, y cuando Victoria la miró, le cruzó la cara de un sonoro sopapo.

—Te advertí que lo dejaras en paz. Que así no iba a servirnos ni a ti, ni a mi...

Pasada la sorpresa, Victoria volvió a llorar. Después de todo, Amanda tenía razón. Había algo muy malo en ella, que hacía que muriera todo lo que amaba.

Por un momento los afilados tacones de la dama se quedaron quietos, pero luego, junto con su dueña, comenzaron a recorrer con impaciencia aquel lugar miserable, una y otra vez.

Finalmente, un doctor asomó por la puerta. Parecía exhausto.

—¿Familiares de Samuel Cohen?...

—Yo —se apuró a decir Amanda, mientras corría a su encuentro. Victoria, en cambio, se quedó unos pasos más atrás, atenta.

—Por ahora, está fuera de peligro.

Un suspiro de alivio se sintió en el lugar.

—Pero la bala ha rozado la base de su pulmón izquierdo. Ha sido bastante difícil contener la hemorragia... Podría ser peor, pero se trata de un hombre joven, con una buena condición física, así que creo que no habrá más dificultades que una larga convalecencia.

—¿Puede ser trasladado? —preguntó Victoria, con ansias. Pero Amanda la miró con mala cara.

—No por ahora... Si todo va de acuerdo a lo previsto, no tardaremos mucho en darle el alta. Pero en este momento está en terapia intensiva, y un traslado no es para nada recomendable.

Cuando el médico se retiró, Amanda enfrentó a Victoria.

—¿Adónde te lo quieres llevar?... ¿A que lo balee otro de tus parientes trastornados?... ¡ ¿Por qué no nos dejas tranquilo?!

—Victoria no tiene la culpa de lo ocurrido —salió a defenderla Nicolás.

Amanda lo miró detenidamente. Era un castaño espectacular, y parecía muy interesado en jugarla de salvador. ¡Mejor!... Ahora lo único que quería era librarse de Victoria, así que había llegado la hora de negociar. Puso su mejor sonrisa, y le contestó.

—Lo sé... Pero es muy difícil para mi, porque... Ha sido un mal momento para todos. Mira el aspecto que trae ella... Lo mejor será que te la llesves a la Capital, y que cuando esté más repuesta y descansada, vuelva.

—No pienso separarme de Samuel —se apuró a decir Victoria.

—Amanda tiene razón —intentó convencerla Nicolás—. No puedes quedarte así. Al menos tendrás que darte un baño, y cambiarte...

—¿La señorita Victoria Rojas, alias Victoria Ferrari?

Dos uniformados acababan de entrar a la sala.

—Es ella —se apuró a decir Nicolás. —Y yo soy su abogado.

—Tendrá que venir al destacamento a prestar declaración...

—Por favor... Quiero quedarme aquí... —suplicó Victoria.

Pero fue inútil. El largo brazo de la ley acababa de alcanzarla.

* * *

Para su desgracia, la causa había sido derivada al Tribunal Penal de la Ciudad, sede original del expediente.

Durante tres días seguidos Victoria había tenido que prestar declaración en una y otra parte, sobre las distintas causas a su nombre: la muerte de su madre, la tentativa de asesinato de la que había sido víctima, las lesiones graves a su tía Cora... Papeles, papeles, y más papeles...

Pero luego de esos malditos tres días, en que había vivido conectada al teléfono móvil de Amanda, finalmente le llegaba el turno de correr hacia el hospital adonde había dejado a Samuel.

A pesar de las quejas de Nicolás, se empeñó en recorrer los más de trescientos kilómetros que la separaban de aquel lugar, con su poderoso auto importado. Sabía que no estaba en las mejores condiciones para hacerlo, pero no quería esperar el autobús, y el aeródromo más cercano quedaba demasiado lejos.

Con paso rápido entró en el miserable hospital comunal.

—¿El señor Samuel Cohen?

—Por el pasillo, habitación quince, pero...

Fue inútil. Victoria ya no la escuchaba.

Golpeó la puerta de la habitación, aunque no esperó a que le contestaran, para abrirla. Y entonces su corazón se paralizó.

Estaba vacía.

—¿Dónde está Samuel? —preguntó a la enfermera que se aproximaba por el pasillo.

—¿Se refiere al señor que estaba aquí?

—Sí.

—Se fue con los padres...

—Eso es imposible... Yo hablo de señor pelirrojo, con una herida de bala, que operaron hace tres días...

—Sí, el que estaba aquí... Se fue esta mañana.

—¿Le dieron el alta?

—Aquí se necesitan mucho las camas, señorita... Y el señor ya estaba bastante repuesto. Si quiere puede hablar con el médico, que viene en un rato.

—¿Y con quién se fue?

—Ya le dije, con los padres... O eso me pareció. Era un matrimonio mayor, muy simpático, y yo misma los ayudé a subirlo a una “cuatro por cuatro” nuevita, color plata.

Ilusionada, Victoria se apuró a marcar el número del teléfono móvil de Samuel. Fueron tres inacabables timbrazos.

“El número solicitado no corresponde a un abonado en servicio”, repitió una y otra vez la voz mecánica de la operadora.

Y entonces Victoria comenzó a llorar.

* * *

Amanda Ruiz acababa de cerrar un trato por una casa frente al golf, valuada en quinientos mil dólares. Su comisión prometía no ser nada despreciable, sobre todo si peleaba un poco con el dueño (un viejo amigo, que siempre pedía una rebaja). Pero a Amanda le encantaba regatear, y estaba muy segura de lo que ella y sus servicios valían, así que restarle algo de su merecido dinero, no iba a ser nada fácil.

—¿Dónde está?

Se sorprendió al darse cuenta que Victoria estaba parada frente a ella, y con muy mala cara.

—¿Dónde está, qué cosa?... ¿Se te ha perdido algo? Si es una casa, o un terreno, puedo ayudarte, si no...

—No juegues conmigo, Amanda. ¿Dónde está?

La mujer la miró con odio.

—Pensé que tú lo sabías. Fui a buscarlo esta mañana y había desaparecido.

—Recién vengo del hospital. Creo que se fue con...

—Lidia y el Tony. Sí, yo también pensé lo mismo, y lo fui a buscar a la cabaña.

—No está allí. Y tampoco en el apart— hotel... Lo acaban de balear hace tres días, no puede estar...

—No me lo digas a mí —se enojó Amanda. Desde un principio yo no apoye nada de toda esta locura.

—Pero tú tienes que saber como encontrarlo. Tú sabes todo sobre él.

—Nadie sabe nada sobre Jorge, si él no quiere que lo sepa... ¿Olvidas que cuando se convirtió en Cohen, no volví a verlo por casi dos años? Hay muchas partes de su vida y sus amistades que ignoro. Puede estar en cualquier sitio.

—¿Y vas a quedarte así, como si nada, mientras él puede estar...

—No es mi primera vez... Olvídalo, nena. Jorge es brutalmente testarudo, y ha llegado a la conclusión de que no es hombre para ti. No intentes contradecirlo. Te lo dije una vez, y te lo repito ahora. Es como una bomba de tiempo. No intentes forzarlo. Porque si lo haces, no será bueno para ti, ni para nadie más. Aléjate de Jorge. Porque Jorge ya ha elegido alejarse de ti.

* * *

Amanda estaba encantada. Aquellas últimas tres semanas, luego de la venta de la casa junto al golf, habían sido fantásticas para los negocios. El buen tiempo, y la proximidad del verano, habían intensificado las consultas, y ya tenía apalabrados tres lotes cercanos al límite. Aunque no necesita de sus comisiones para vivir (su padre, desde su

retiro en Suiza, le pasaba dinero más que suficiente), todo aquel tironeo hasta lograr la venta le parecía fascinante, y la hacía sentir viva. Seducir a un comprador era como hacerlo con un hombre. Y no había cosa que a ella le fascinara más, que tener a un buen hombre bajo su dominio.

Pasó frente al desvío hacia Cariló y siguió de largo. Ya eran casi las ocho, y si bien estaba oscureciendo cada vez más tarde, no tenía demasiado sentido volver a la oficina. Después de todo, para atender a paseantes y curiosos estaban sus dos hermosas secretarias.

Las dunas a su izquierda, rumbo a Villa Gesell, estaban desiertas. Los que alquilaban cuatriciclos o caballos no solían pasear por ahí en día de semana, a menos que fuera verano.

Amanda giró al ver la señal de “Mar de las Pampas”, teniendo mucho cuidado al atravesar la ruta. Inmediatamente pensó que si no movía algo de influencias para que hicieran un desvío “como la gente”, cada vez menos turistas iban a interesarse en aquel nuevo balneario.

Anduvo por unos kilómetros, levantando una gran polvareda con su lujoso auto alemán. El camino estaba desierto, y justificaba ampliamente “la pampa” que llevaba el pueblo en el nombre. Luego comenzaron a verse algunos pinos, y finalmente el pequeñísimo centro, pálido remedo del de Cariló.

¡Idiotas!, pensó Amanda para sus adentros. ¿Cómo iba a convencer a la gente de invertir allí, si los comerciantes dejaban todo cerrado fuera de temporada?

Anduvo un poco más, y luego estacionó (¿encalló?) el auto frente a la playa. Se había levantado un poco de brisa, y la arena comenzó a golpearla. Pero igual el atardecer era placentero.

Frente al mar, Jorge la esperaba.

—Hola...

—¿Cómo fue todo?

—Se comprometió a firmar para el sábado...

Samuel la miró con sus profundos ojos marrones, e hizo algo parecido a una sonrisa, que la conmovió.

—Felicitaciones.

—Tendremos que festejarlo...—sugirió ella. Y comenzó a acariciarlo con deseo.

—Dejemos eso para después...—dijo él, mansamente.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Planos... ¿De verdad no te gustaría levantar aquí un Spa? El mar es increíble, y...

—Ya hay tres, y apenas pueden sobrevivir... Pasaran muchos años antes de que esto se convierta en otro Cariló. Por ahora, fuera de temporada, sólo es un páramo.

Se quedaron callados, sentados frente al mar, escuchando su rumor.

—Dime, Jorge, si pudieras volver a elegir... ¿abandonarías nuevamente arquitectura?. Te encanta hacer planos.

—Sería un arquitecto siempre pensando en negocios... La arquitectura la llevo en el corazón, pero lo otro lo tengo en la sangre. Modestamente, soy muy bueno como contador.

—¿Y por qué...

—Son cosas distintas... Cuando confeccionas un balance contable, no terminas de hacerlo cuando ya es viejo. Sólo eres bueno, si eres rápido. Vivimos corriendo atrás de un reloj. En cambio, cuando levantas una casa, lo único que te importa es que sobreviva en el tiempo. Por eso me gusta edificar. Me hace sentir que hay una razón para tanto esfuerzo...

—¿Vas a volver al estudio?

—No sé... He pensado en dejárselo a Vázquez. Él es un excelente profesional, y estoy seguro de que va a poder llevarlo adelante. Además, ya casi el apart está listo, así que... Bien podría quedarme allí, y monitorearlo de cerca.

—¿Y vivir en Cariló?

—¿Por qué no?... ¿Te molestaría?

—Tú nunca me molestas, Jorge. Y si lo haces, te dejo a un lado, y sigo con lo mío.

Cohen sonrió.

—Sí, eso es lo bueno contigo... Me quieres, pero eres inmune a mí. No puedo lastimarte...

Volvieron a callar.

—¿Llamó? —preguntó él, en voz muy baja.

—Tres veces... Lentamente está dejando de hacerlo... Creo que ese Nicolás tiene algo que ver con eso. Siempre lo nombra.

—Sí —dijo Cohen, algo taciturno.

—Es muy buen mozo...

—Es un tipo común.

—Y creo que ha heredado un estudio.

—Un estudio muy importante...

—Es un buen candidato para ella.

—Sí...

Cohen perdió su mirada en el horizonte.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor, Amanda?... ¿Cuántos años teníamos?

—¡Trece!... Tardé tres días en darme cuenta lo que estábamos haciendo, así de inocente era todavía.

—¡Yo también era inocente! Y, que recuerde, tú nunca faltaste a la cita...

—Desde pequeño siempre fuiste el mejor de los amantes... ¡Si estas dunas hablaran!

—Juntos la hemos pasado muy bien.

—No siempre tan bien, pero... Sabes lo que siento por ti.

—Sí... ¿Sabes?..., estuve pensando...

—Has tenido tiempo de sobra para hacerlo durante este mes, encerrado aquí.

—¿Por qué no nos casamos?

Amanda se hundió en aquella interminable mirada oscura del hombre al que tanto amaba.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Ya tenemos treinta... Siempre volvemos a encontrarnos... Nos gustan las mismas cosas... ¡No estaría tan mal!

Ella se echó en sus brazos.

—¡Claro que no estaría tan mal, idiota!... ¡Llevo cuatro años esperando a que me lo propongas!

—Entonces..., ¿es un hecho?

—¡Sí!... Podremos hacer la fiesta en el apart, y de paso inaugurarlo... Tengo miles de...

—No, no... Preferiría algo más íntimo... Tú, yo..., tu padre, quizás... Le podríamos pedir a Ignacio que trajera el libro, para así no tener que ir hasta el registro civil.

—¿Una fiesta íntima?

—Un casamiento íntimo. Tú, yo...

—Si así lo prefieres...

Amanda había aprendido a no discutir con aquel hombre testarudo.

—Podemos hacerlo en la Capillita de Ostende, y que Ignacio traiga directamente el libro allí.

—¿Casarnos por Iglesia?

—Sí... Los dos somos católicos, ¿no?

—Pero ni tú ni yo vamos a Misa... Y si no va a haber una fiesta, no entiendo para qué...

—Sabes que, a pesar de todo creo en Dios... Y además...

—¿Además?

—Es como que lo vuelve más permanente, ¿no?... Como que, ni aunque quisiéramos, podríamos deshacerlo.

—Tienes razón... —respondió Amanda, no muy convencida.

Pero, por cierto, no estaba en posición de negociar. Había cerrado el trato, y eso era más que suficiente por aquel día.

* * *

La mañana era hermosa. El pequeño vecindario de Ostende, entre Pinamar y Cariló, estaba casi desierto, ya que por tratarse de un día de semana de primavera, sólo unas pocas familias de la zona, estaban aprovechando sus bellas playas.

El padre Antonio, responsable de éste y de todos los otros balnearios cercanos, fue el primero en llegar a la hermosa Capilla de Laura Vicuña. Luego lo hizo el novio, que en su camino había ido a buscar a Ignacio, un amigo de la infancia, que ahora era juez de paz.

Jorge llevaba puesto un jean y una camisa blanca, como solía hacerlo siempre que no estaba trabajando. El juez, en cambio, vestía un impecable traje oscuro, y llevaba en sus manos el pesado libro de registro matrimonial.

—Pasen —dijo el padre, ni bien aireó un poco el sitio—. ¿Y la novia?

—Cerrando una venta, como siempre —respondió Cohen, con algo de fastidio.

—El otro día vino a confesarse...

—Hablando de eso... —comenzó a quejarse Samuel—. Dime, Antonio, ¿eso que dijiste al final, cuando me confesaste a mí, fue una absolución?

—Claro que lo fue.

—No parecía.

—¿Por qué no iba a absolverte?... Que yo sepa, ser un necio recalcitrante todavía no es pecado —le dijo el sacerdote, sin ocultar su enojo.

—Ahí está la novia...

Efectivamente, vestida con un sencillo trajecito blanco, hacía su aparición triunfal Amanda Ruiz (futura señora de Cohen).

—¡Maldición! —refunfuñó, ni bien entró al templo.

—¡La boquita! —la reprendió el padre Antonio.

—Es que... Estaba esperando a alguien que no vino... Y ya se hizo la hora...

—Bueno, si estamos todos aquí, será mejor que empecemos —sugirió Ignacio—. Tengo que volver al juzgado antes de que cierre.

—Sí, empecemos —solicitó Cohen, mirando al cura.

—¿Quieres iniciar la ceremonia tú? —preguntó el sacerdote a Ignacio.

—No. Mejor empieza tú, y luego sigo yo. Así me evito de dar el discurso.

El sacerdote tomó un pesado misal, y comenzó a leer la fórmula del matrimonio.

—¡Un minuto! —solicitó Amanda.

—¿Qué pasa? —se impacientó Cohen—. ¿Te ha quedado alguna venta a medio hacer?

—No... Ya que estamos reunidos aquí, frente a Dios, como a ti te gusta, quiero que me jures por Él, que me amas...

—¡¿Qué?! —se espantó Cohen.

—Como lo has oído... ¡Que me amas!

—Siempre te quise, y lo sabes...

—No. Quiero que jures ante Dios que me amas más que a Victoria.

—No digas tonterías, Amanda...

La muchacha se dirigió al sacerdote.

—¿Ves, Antonio, lo que te he dicho?...

—Si amas a otra, me parece que no puedes venir aquí a casarte frente a Dios —sermoneó el cura al novio.

—El matrimonio no se trata sólo de amor —se defendió Cohen, enfurecido—. Prometo respetarla, cuidarla cuando

engorde... Toda esa estupidez... Pero nadie puede exigirme que jure nada más.

—¿Por qué no lo intentas con la mujer que amas? —aconsejó el padre.

Pero a Cohen no le gustaban los consejos.

—¡La puta que te parió!... ¿Vas a casarme, o no?... Porque si no puedo buscar otro cura más complaciente...

—Te diré por qué no lo intenta...—le dijo Amanda a Antonio, mientras el pobre Ignacio los miraba asombrado, sin animarse a abrir siquiera “el gran libro”—. Sucede que el muy idiota piensa que no es digno de ella...

—No pienso eso —refunfuñó Cohen, de mal modo.

—Cree que una niñita cristiana e inocente no va a poder hacerse cargo de un judío alcohólico y depresivo como él...

—¡Ya te he dicho que no soy alcohólico!

—No creo que seas tú el que debe decidir eso —lo reprendió el sacerdote—, sino la muchacha en cuestión...

—Pero él no la deja... ¿Y sabes por qué?... Porque cree que no tiene derecho a ser feliz. Porque todavía se siente culpable por la muerte de los Cárdenas...

—¿De verdad te sientes culpable, Jorge?...

—¿Qué tienen que ver los Cárdenas con esto?... Vine aquí a casarme, y no a discutir mi pasado...

—Es ridículo. Tú no podías cambiar esa historia — insistió el cura.

—Sí que la podía cambiar...—replicó Jorge con enojo—. Pero no se trata ahora de...

—Muchos hijos de desaparecidos...

Y entonces Cohen estalló.

—¡Basta! ¡No sabes nada de mi, Antonio! ¡No te metas en mi vida!... Yo no soy como cualquier otro hijo de desaparecido. ¡Claro que tuve la culpa de lo que les pasó a mis padres!... ...¡Yo elegí hacerme el ADN!... En ese momento era mayor de edad, y nadie tenía derecho para obligarme... Podía olvidarme de todo el asunto, seguir con mi vida como si nada... ¡Pero no!... Yo tenía que saber... A pesar de lo que iba a pasarles a ellos, si daba positivo... Yo quise... ¿Y sabes qué?... Mi padre no se murió porque la policía fuera a buscarlo. ¡No!... Se murió loco de dolor porque el hijo que había amado tanto, no dudó en entregarlo... Yo no se amar a las personas... ¿Conforme, Amanda? ¡Claro que quiero mantener alejada a Victoria! Porque a la larga o a la corta, siempre destruyo lo que amo... Por esta maldita conciencia que me regaló tu Dios, Antonio, o por... ¡Qué sé yo por qué!... Quizás simplemente no se amar. Como con mis padres. Los otros, los verdaderos... Nunca pude amarlos... Fui al centro donde estuvieron detenidos, tuve a sus asesinos en mis manos, y ni así pude... Y mi pobre abuelo Cohen... con todos esos trajes que había hecho para su hijo... ¡Putá!,

siempre me quedaron grandes... No soy Jorge, Amanda... No soy Samuel.... Provengo de una estirpe maldita. A mis padres les robaron el futuro, y a mi me robaron el pasado. Yo no soy nadie. No tengo raza, ni religión. Odio a un Dios que, sin embargo, no puedo dejar de adorar... No, Amanda, no... Yo no tengo derecho a ser feliz...

—¿Y yo tampoco?

Desde la entrada, con su figura recortada por los rayos de sol de la mañana, Victoria contemplaba la escena, adolorida.

—¿Yo tampoco tengo derecho a ser feliz? —insistió la muchacha.

—¡Victoria!... —exclamó Cohen. Y luego le habló a Amanda, enfurecido— ¿Qué es esto?... ¿Una trampa?

Ella le respondió con enojo:

—Soy demasiada mujer, Jorge, como para tolerar que suspires por otra luego de hacerme el amor. Que llores su ausencia a mis espaldas... Yo me merezco mucho más que eso... Por eso fui a buscarla...

—¿Y que pretendes? —le gritó, sin animarse a mirar a Victoria, que se estaba aproximando—. ¿Qué pretenden todos ustedes?... ¿Qué es esto?... ¿Una especie de “intervención”?

—Yo no sabía nada —se apuró a decir Ignacio, que obviamente no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo allí.

—No nos gusta ver como te destruyes —resumió el sacerdote.

—¿Y qué esperan ahora?... Que cambie. Que me olvide de quien soy, y quien es ella, y...

—Yo te amo, Samuel... —se atrevió a decir Victoria.

—El problema contigo... —comenzó a replicarle, todavía sin mirarla— ...es que eres demasiado necia y orgullosa como para darte cuenta de que yo no puedo cambiar... De que tarde o temprano voy a terminar lastimándote, o lastimándome, y eso va a dolerte mucho más que esta separación...

—Yo te amo, Samuel...

—¡No lo digas más, por favor!... —le dijo en medio de su dolor, hundiéndose en esos bellos ojos azules que tanto necesitaba—. Dios es testigo de que yo te amo más que a nada en este mundo... Por eso nunca voy a casarme contigo... Aquel día, en la Iglesia, cuando te llamó tanto la atención que me arrodillara frente al Sagrario, juré ante el Señor que, pasara lo que pasara, iba a protegerte. Que iba a hacer lo imposible porque nada malo te ocurriera... Y yo, Victoria, soy lo peor que te puede ocurrir... —le dijo, con lágrimas en los ojos. Y luego se dirigió a los demás—:

Lamento haberles arruinado el final feliz de la historia...
Pero soy un hombre de palabra.

* * *

Era casi doloroso para él observar los rayos de la luna que se colaban por su balcón, iluminando el bosque de pinos. La noche era hermosa y serena. Una suave brisa, a pesar de la hora, anunciaba el calor del verano.

¡Qué noche de mierda!... Una más para borrar del calendario.

Prácticamente se arrancó la camisa, y se echó en la cama, con la botella de whisky que acababa de comprar, todavía en la mano. Iba a ser la primera vez que se emborrachara en la cabaña, pero la situación bien valía la pena... Después de todo, perder a la mujer que se amaba más que a nada en el mundo, no era cuestión de todos los días.

Sacó el edredón, y lo arrojó con violencia a un costado. Y luego se hundió en aquella almohada que todavía conservaba un poco del olor a ella...

¡La deseaba tanto!...

Había olvidado el vaso, y tomó algo del pico, en una actitud de borracho empedernido que hubiera escandalizado a Amanda.

Se volvió en dirección a la luna, y cerró los ojos, dispuesto a olvidar. Después de todo, era una cuestión de voluntad. Y a él de eso le sobraba...

Un ruido leve lo hizo volver a girar. El cuarto estaba en penumbras, pero a pesar de la oscuridad pudo ver, como si fuera un sueño, que Victoria estaba en él, justo al lado de su propia cama.

—¿Qué haces aquí, Victoria? ¿No tienes ni una pizca de orgullo?

—Sí —le respondió, permaneciendo quieta. —Pero hay algunas cosas que no tuve ocasión de decirte, y quiero hacerlo antes de dejarte en paz para siempre...

—Estás en tu derecho —dijo él, volviendo a darle la espalda, con la vista fija en la luna. Embriagándose con esa presencia que tanto lo mareaba.

—Creo que eres un idiota orgulloso, que piensa que todo el mundo gira alrededor tuyo, y que sólo tú puedes salvarlo... Dices que eres judío, pero tienes la soberbia de un cristiano....En cuanto a mi, no creo... ¡No!. “Sé” que no eres un buen hombre para mi, y que no es un lecho de rosas estar a tu lado. Por si no lo recuerdas, ya te he tenido que soportar durante casi cinco años de mi vida.

Calló, para ocultar sus lágrimas, y luego continuó.

—¿Sabes, Cohen?... Creo que tienes razón... Nadie se levanta una mañana diciendo “voy a conquistar el mundo”. No. Como tú dices, los hombres cometemos sólo pequeños pecados. Y son esos pequeños pecados los que mas lastiman y dañan... Pero, ¿sabes, Cohen?... Lo único que se necesita para remediarlos son pequeñas virtudes, un poco cada día, pero todo los días. Y así es el amor. No significa levantarse una mañana y renunciar al otro, sino levantarse todos los días, y renunciar a ti mismo, por el otro...

Samuel sintió un ruido leve, y se dio vuelta.

Victoria estaba comenzando a desabotonar su camisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó asustado, mientras su sangre comenzaba a hervir.

—Sé que eres un hombre de palabra, Samuel Cohen...

Otro botón.

—...pero también sé que tu cuerpo es mucho más fácil de doblegar que tu alma...

Ya casi estaba llegando al último...

—Por favor, no lo hagas, Victoria —suplicó él, mientras su sexo reclamaba.

Pero ella, sin escucharlo, se sacó la camisa.

—Entonces voy a desnudarme...

Apenas estaba cubierta por un pequeño sostén y un falda. Un bretel se deslizó por su hombro. Su pecho

palpitaba, y Cohen perdió su mirada en aquel latir que reverberaba en su propio corazón.

—... y voy a meterme en tu cama, Samuel...

La falda cayó al piso.

—...y vas a amarme.

Todo el cuerpo de ella brillaba con los reflejos de la luna.

—Y serás mi primer hombre... Y como buen muchacho judío, luego de haberme poseído, sentirás culpa durante el resto de la noche. Y como buen chico cristiano, te casarás conmigo por la mañana.

Samuel se acercó a Victoria, tratando de evitar lo inevitable. Pero cuando ella soltó su sostén, compartiendo con él su intimidad, ya no pudo hacer más. Comenzó a acariciarla con dulzura, a gozar de esos pechos que ya llevaba casi cinco años deseando, a recorrer su cintura, a perderse en sus piernas largas, en su culo perfecto, y en esa humedad que le estaba arrebatando la voluntad y el alma. Y no fue hasta que la escuchó gemir de placer, que la poseyó. Y entonces la hizo suya, sin darse cuenta de que ya lo era, desde hacía casi cinco años.

* * *

EPÍLOGO

Comenzó a caminar entre las tumbas recién abiertas. Ya no tenía nada que hacer allí. Sólo restaba irse, volver a la rutina diaria... ¿Y entonces por qué cada paso que daba se iba tornando más lento y dificultoso? Era como si algo le impidiera seguir adelante. Quizás era aquella maldita tierra mojada,

o quizás...

Cohen se detuvo, y miró hacia atrás, sonriendo. Luego se volvió sobre sus pasos, y tomó a su mujer por la cintura. Le encantaba acariciar su vientre abultado, promesa de ese hijo que estaba por venir. Un niño que iba a ser un judío orgulloso, sin culpa por adorar al Dios de los cristianos.

—¿No ibas a volver a la oficina?

—Tengo tiempo. Puedo esperarte...

—Vamos... —dijo Victoria, y comenzaron a caminar, dejando atrás la tumba, en la que ahora había una hermosa lápida de mármol, sobre la que alguien se había tomado el trabajo de grabar:

Ramona:

Cada caricia me recuerda

Tu silenciosa ternura

Tu hija

FIN

21/06/06

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana (Cuento)

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbese a nuestro grupo
de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

<http://www.claravoghan.com.ar/quien.htm>

[Una novela romántica diferente.](#)